

EL ENIGMA DEL MICROCOSMOS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



EL ENIGMA DEL MICROCOSMOS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

431.— Amazonas de las galaxias, Curtis Garland.

432.— El planeta de los ciclopes rojos, Kelltom Mclntire.

433.— El horror llegó del mar, Curtis Garland.

434.— Poder sin límites, Gleen Parrish.

435.— El éxodo de los dioses, Kelltom Mc-Intire.

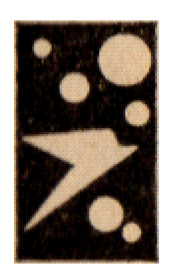
Ralph Barby

EL ENIGMA DEL MICROCOSMOS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 436

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 34.565 - 1978

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Hardy Fox se acodó en el mostrador cóncavo de la cantina. Había un gran murmullo ambiental, que hacía que los que allí se encontraban tuvieran que cuchichearse a los oídos o hablar en voz muy alta, pues lo que no se entendía era el tono normal de conversación.

—¿Qué va a ser?

—Una cerveza Mercury.

Mientras el mozo del mostrador llenaba la jarra con el espumoso y refrescante líquido, Hardy Fox se volvió hacia la gran pantalla de teletrivisión que dominaba el fondo del local. Estaba encendida y, en ella, un conjunto de chicas danzaba entre luces sicodélicas. El espectáculo envasado no estaba mal, pero Hardy Fox los prefería en directo.

Las cosas no iban bien en los últimos tiempos, para él ni para nadie.

El mundo de los emporios empresariales sólo daba trabajo a quienes se sometían a sus reglas, y cuantos quedaban fuera del emporio de las empresas, la milicia o la burocracia estatal, se convertían en aventureros, es decir, tenían que buscarse la vida cómo y dónde fuera.

—Hola, Hardy Fox.

Conocía a la bella Vicky, era la gerente de la cantina. Poseía unas opulentas formas anatómicas y, aunque estaba algo madura, seguía siendo muy atractiva.

—Hola, Vicky. El negocio va bien, ¿eh?

—Una cantina siempre va bien, desde los tiempos de los egipcios hasta ahora, y seguirá funcionando; es un negocio seguro.

—Y más, si el lugar está lleno de tipos como yo, ¿no es cierto? —preguntó con algo de sarcasmo, mientras tomaba la jarra de cerveza Mercury con la mano y la aproximaba hacia sus labios.

—Si todos fueran como tú, ya estaría arruinada. Hace más de un año que no te veo.

—Sí, he andado con un par de socios, por el asteroide Sentimen.

—¿Y qué tal te ha ido?

—Pues hay buenos minerales, pero al parecer nadie se ha interesado por su extracción.

—Sin las grandes empresas, no hay nada que hacer, Hardy Fox, nada.

—Ya, ya. Ahora, cuando nosotros abandonamos el asteroide, si les interesa, irán ellos.

—Lo tienen todo muy controlado.

—Y pensar que estamos dominados por cerebros electrónicos, altamente burocratizados… ¡Quién iba a suponer que nuestra civilización terminaría esclava de esas máquinas! Las gerencias de las sociedades anónimas están sometidas a sus máquinas, el presidente de toda ellas es una gran máquina… Hemos llegado a la cibernetocracia, horrible.

—¿Y qué se puede hacer, destrozar las máquinas? Están todas bien construidas y sólidamente protegidas. No hay nada qué hacer; convéncete, Hardy Fox, y vive tu vida lo mejor que puedas, gózala.

—A este paso, lo que va a ser un lujo es dar un poco de goce al estómago.

—¿Estás totalmente limpio, Hardy Fox?

—Pues no me hace falta mucho para entrar en los números rojos.

—Aquí hace falta personal, no mucho, pero si es un tipo como tú…

—¿Quieres convertirme en el tahúr de la casa?

—Tanto como tahúr… Sé que juegas muy bien a los naipes, y también podrías llevar el control de las máquinas tragaperras. Ya ves, aquí hay mucho ambiente.

Hardy Fox escuchaba a Vicky, que llevaba muy bien su cantina, en la que solía tener no menos de quinientos clientes continuamente. Era un lugar grande, que no cerraba en las veinticuatro horas del día, y la limpieza se hacía sobre la marcha, con aspiradoras silenciosas.

De pronto, en la gran pantalla, entre otros anuncios, apareció uno que decía simplemente:

«Se precisa pionero para viaje arriesgado.

Presentarse en el ciento veintitrés de la East Road.»

—Eh, ahí parece que tengo un empleo — exclamó Hardy Fox.

—¿Estás loco, pretendes suicidarte? Ese anuncio lo ha puesto el profesor Sol, cuentan que utiliza a los hombres como cobayas. Sólo van a verle los desesperados que quieren suicidarse.

—¿Profesor Sol? He oído hablar de él, es un investigador, ¿no?

—Sí, no hace mucho que se instaló aquí. Dicen que tuvo un laboratorio en la colonia lunar, pero se desintegró. Por suerte para él, y desgracia de otros, el profesor Sol no estaba en ese momento en su laboratorio.

—¿Murieron muchos?

—No se sabe, no quedó nada ni nadie para contarlo, hasta sus archivos se desintegraron. La policía le ha advertido que tenga más cuidado, y si no lo han deportado a una colonia de trabajo es porque las grandes empresas lo dejan en paz. En ocasiones, inventa algo de lo que se aprovechan las malditas super-empresas. El profesor Sol les vende sus inventos, sin problemas; sólo le interesa el dinero para continuar sus investigaciones.

A Hardy Fox no le desanimaron las palabras de Vicky y, poco más tarde, cuando aún notaba el sabor fuertemente amargo de la cerveza

Mercury en su garganta, montó en su vehículo A.H.C.

Lo puso en marcha elevándolo tres pies del suelo gracias al sistema de compensación gravitatoria. Después, el motor lo impulsó con suavidad. Fue aumentando la velocidad, sintió placer en acelerar y rebasar las mil millas hora por la autopista urbana de circunvalación. Así, se metió en la East Road.

El día era espléndido, y la caída de la tarde prometía ser muy agradable, pero Hardy Fox se sentía insatisfecho.

No había conseguido nada importante. Era un buen piloto cosmonauta, había participado en competiciones de vehículos terrestres y acuáticos. También había sido pionero y minero, pc.ro nada había llegado a darle un resultado plenamente satisfactorio.

No se sentía con deseos de vencer a nadie, es decir, tenía que vencerse a sí mismo y conseguir algo importante, por eso no dudó en cruzar la puerta del muro del laboratorio del profesor Sol.

En el área de estacionamiento pudo ver un buen montón de vehículos. En la amplia sala de espera aguardaban muchos hombres, con cara de hastío.

—Oye, encanto, ¿dónde dan ese empleo arriesgado de pionero? —preguntó acercándose a la bella joven que se hallaba tras la mesa de recepción, frente a un complicado teclado que hizo que Hardy Fox se preguntara si todas aquellas teclas funcionaban en realidad o sólo servían para impresionar a los visitantes.

La chica, sin mirarle, con los ojos puestos en una de las siete micropantallas de T.T.V. que tenía en su mesa, le dijo:

—Póngase a la cola.

El hombre, sin apartarse de la mesa, miró hacia la cola; los que estaban en ella le miraron a su vez. Allí habían tipos de todas clases, marginados en su mayoría. Eran los desesperados a los cuales, al parecer, ya no importaba morir.

—Entonces, me largo, Hardy Fox no espera por un empleo.

Aquella respuesta hizo que la bella recepcionista elevara su mirada hacia él, y le observara. Casi al mismo tiempo, sus ojos se clavaron también en la cola de los que aguardaban y preguntó:

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Hardy Fox. ¿Qué sucede, el nombre no es romántico?

—Un momento.

Ella marcó el nombre en el teclado alfabético que tenía delante, y aguardó. Al poco, salió una cruz en una de las micropantallas de T.T.V.

—Positivo.

—¿Positivo, el qué?

—Positivo con cruz verde.

—¿Y eso es algo importante?

La joven se levantó de su silla, y Hardy le pudo ver las piernas, que eran bonitas, muy bonitas, asomando bajo la casaca púrpura brillante, pues la casaquita terminaba en los pantalones, que era muy justitos.

—Sígame.

—Bien, bien, la sigo adonde quiera; luego, volveremos. Por lo menos, cinco; mi abuelo tuvo trillizos.

La chica no hizo caso de la broma, y Hardy Fox miró a los de la cola, que seguían muriéndose de asco; ellos le miraron a él con envidia, pues se iban a pasar horas esperando.

La recepcionista le hizo pasar a la cabina del ascensor, cilíndrica y toda encristalada, una cabina que en vez de subir descendió.

Pasaron tres plantas antes de que el ascensor se detuviera. Se abrió el cristal y la chica de largos cabellos rubios le invitó a que la siguiera. Ella le vigilaba, mirándolo de reojo.

Hardy Fox le llevaba la cabeza de altura, y parecía joven y fuerte; si le hubiera puesto las manos en las nalgas, no habría protestado, se dijo, mas no ocurrió tal cosa, y llegaron frente a una puerta roja, que se abrió automáticamente ante su presencia.

En el laboratorio de experiencias, electrónicas en su mayoría, había más de media docena de científicos, pero uno destacaba especialmente entre los demás.

Era un individuo alto, de cabellos abundantes y blancos, que llevaba una casaca negra con cuello levantado en la nuca, como protegiéndole, y en realidad le protegía. El profesor Sol llevaba una prótesis para sujetarle la cabeza al resto del tronco, ya que había tenido que sufrir un violento experimento que terminó muy mal, y donde estuvo a punto de perder la vida.

El profesor tenía unos ojos muy grandes, con los rabillos hacia arriba, unos ojos exóticos, que podían estar trucados por una operación de cirugía plástica. Las pupilas eran de un verde fosforescente, debido a las lentillas que utilizaba.

El profesor Sol era un anciano, por edad, mas no por facultades físicas; parecía un sujeto dinámico y dispuesto a seguir luchando por sus descubrimientos.

Hardy Fox se dejó escrutar por aquellos ojos verdes.

—¿Eres tú, Hardy Fox?

—Sí.

—He colocado tu nombre en el centro de contratación de personal, y el resultado es que eres un hombre extraordinariamente apto para muchas clases de trabajos. ¿Por qué, entonces, no te has contratado con alguna empresa?

—Porque me gusta ser libre.

—Eso puede ser muy bueno y también muy malo. Con el individualismo desaforado se pueden conseguir grandes cosas, pero también se puede destruir la labor de equipo.

—Oiga, profesor Sol, porque supongo que usted es el profesor Sol...

—Efectivamente, lo soy.

—Usted ha ofrecido un empleo, usted no es ninguna de esas sociedades anónimas, con una computadora como presidente del consejo de administración, y me he dicho que yo podía ser ese pionero que busca. Tengo experiencia en viajes interplanetarios.

—Lo sé, lo dice tu ficha, pero me hace falta un hombre dispuesto a todo y, por otra parte, yo no puedo garantizar que el viaje no salga mal y se desintegre.

—No he venido a suicidarme. Antes de aceptar el trabajo, quiero conocerlo y saber exactamente cuáles son sus riesgos.

—Me parece justo. La verdad, Hardy Fox, sólo vienen a pedir empleos como el que ofrezco, hombres que no son aptos, hombres que ya están muertos de asco o desesperación. Bastaría empujarles para que se cayeran en la fosa.

—Sí, ya he visto la cola.

—¿Por qué has venido tú, Hardy Fox?

—Digamos que el último negocio que hice, con tres socios, no fue rentable. Supongo que usted, por correr un riesgo, ofrecerá un buen precio.

—Sí, un buen precio, pero de eso ya hablaremos. Ahora, si no te importa, deberás someterte a unas pruebas médicas y físicas; debo asegurarme de que estás en forma.

Hardy Fox se volvió hacia la chica. La miró a los ojos con picardía, y preguntó:

—¿Crees tú que estoy en forma?

—Alanda, llévalo a inspección médica. Si todo sale bien, volveremos a hablar, Hardy Fox.

Hardy Fox fue obediente, y siguió a la recepcionista que le condujo a la clínica médica del propio laboratorio.

—Aguarde aquí.

—¿He de desnudarme? No creas que me da apuro.

—Naturalmente, desnúdese.

Hardy Fox carraspeó, mientras la chica se alejaba, dejándole solo.

Miró en derredor y se desvistió, colocándose tras un biombo. Al poco arribaban cuatro mujeres más vestidas con batas. Una de ellas, más seca y adusta, le miró, y ordenó:

—Tiéndase en la mesa.

—Ejem, ejem...

—Vamos, vamos, no es para tanto.

Hardy Fox se resignó a su situación, y salió del biombo. Se tendió en la mesa central, y las doctoras comenzaron a conectarle electrodos en tobillos, muñecas, sobre el pecho y sobre cada sector del cuerpo donde tenía cada uno de los órganos.

Alanda observaba, satisfecha, sin intervenir.

—Ahora, no se ponga nervioso, respire con normalidad. Las luces se apagarán y verá focos rojos, amarillos, verdes, azules; no se preocupe de nada.

—Ya, ya he pasado por estas pruebas, sé que me sacarán por lo menos quinientos datos del cuerpo.

—Ajá, incluidas radiografías tridimensionales y a color de todo el esqueleto.

Hardy Fox se portó bien, y dejó que todo el complicado sistema de sensores bioelectrónicos captara los datos de su cuerpo.

Las luces de colores lo bombardearon, y apenas sintió un hormigueo en los puntos donde los electrodos tocaban su piel. La investigación duró cinco minutos, y luego volvieron a encenderse las luces generales.

—¿Qué, ya me han visto bastante? — preguntó Hardy, cuando le hubieron quitado todos los electrodos.

—La inspección médica es necesaria — le dijo Alanda, sonriente.

—Sí, sí, ya sé, pero ahora me gustaría que pasaras tú por la mesa.

—Ya he pasado — puntualizó ella.

—Sí, pero no era yo quien te colocaba los pinchitos.

—Vístase — ordenó, con sequedad, la doctora jefe.

Se vistió y, al poco, seguía a Alanda. Los datos le llegarían al profesor Sol a través de su sistema de recepción.

—¿No se ha apareado nunca? — preguntó Alanda, como no mostrando demasiado interés.

—Bueno, no soy ningún monje, pero lo que se dice aparearse,

aparearse, con todas las consecuencias, pues no.

—¿Qué le sucede, es un egocéntrico?

—Será que me cuido, no tengo vocación de esclavo, y tampoco estoy muy seguro de que fuera totalmente fiel a mi pareja.

—Quizá piensa así porque no se ha enamorado de verdad.

—Bueno, bueno, ahora viene el rollo de que el sexo no significa totalmente amor... Ya recibí mis clases de educación sexual cuando niño.

Llegaron de retorno al laboratorio. Los científicos se habían marchado, sólo quedaba el profesor Sol. Tenía una larga hoja en la mano, que estaba revisando.

—¿Qué, profesor, son mis constantes físicas?

—Sí, y estás totalmente sano, tal como suponía.

—Y ahora, ¿me dice cuál es el trabajo a realizar?

El profesor se fijó en la joven recepcionista, y le ordenó:

—Alanda, déjanos.

—Sí, profesor Sol.

La joven se marchó discretamente, y Hardy Fox y el profesor Sol quedaron solos en el amplio laboratorio lleno de aparatos complicados, de cables que iban de un lugar a otro como si hubiera una tela de araña por encima de ellos.

Aquello era un auténtico laboratorio de investigación, Hardy Fox jamás había visto antes unos artilugios semejantes.

El profesor Sol le condujo frente a una pantalla de color negro y dijo:

—Voy a mostrarte algo que he descubierto yo, sólo yo y nadie más que yo.

Pulsó un botón, y en la pantalla aparecieron varios puntos.

—Esto es un sistema solar.

—Exactamente — asintió el profesor — la estrella en su centro y los planetas girando alrededor. Fíjate en el tercero, voy a ampliarlo.

Movió un dial, y el tercer planeta que giraba en torno a la estrella que les daba luz y calor aumentó de volumen, ya que la pantalla ofrecía una visión tridimensional.

—Es un planeta azul — exclamó Hardy Fox.

—Exacto, un planeta azul, un planeta como el nuestro.

—¿Y dice que es desconocido?

—Totalmente desconocido, puedo asegurártelo.

—Es muy extraño que los del centro de conquista espacial no lo hayan descubierto antes.

—No lo han descubierto porque ellos no tienen los aparatos que yo poseo. Son aparatos de mi invención, no hay otros iguales.

Bastaba dar una mirada en derredor para darse cuenta de que el profesor Sol tenía razón.

—De modo que ha descubierto un nuevo planeta azul, y ahora quiere que vaya allí un pionero para ver cómo está. ¿No es eso?

—Exacto. Tengo localizado el sistema solar y el planeta azul, ahora hay que ir allá para ver cuál es el contenido de su superficie. No voy a engañarte, Hardy Fox, es un planeta totalmente desconocido, y no sabemos lo que nos puede deparar.

—Siempre es un riesgo pisar un planeta desconocido, pero no por ello se ha detenido la investigación espacial. ¿Tiene usted la nave para viajar hasta ese planeta azul que ha localizado?

—¿Nave?

—Sí, una buena nave interestelar; si la tiene, yo puedo ser su hombre, aunque supongo que no iré solo.

—No, no irás solo, eso es seguro. En cuanto a nave, no la tengo.

—Si no la tiene, ¿cómo piensa viajar, acaso se la va a prestar alguna empresa? Sabe que las macroempresas sólo invierten en negocios seguros y rentables, no en vano tienen computadoras para decidir.

—No, no tengo nave porque no hace falta.

Al oír aquellas palabras, Hardy Fox volvió a mirar el planeta azul que aparecía en pantalla.

—¿Está loco, en qué lugar se encuentra ese sistema solar? Hará falta una nave capaz de desarrollar altas velocidades para llegar allí, usted lo sabe mejor que nadie, profesor.

—Porque lo sé, insisto en que no hará falta nave.

Ese planeta azul lo tengo yo muy controlado, pero no puedo decirte más, si no aceptas antes el trabajo de descubridor.

Hardy Fox se encaró con los ojos verde fosforescentes del profesor Sol; se preguntaba si le estaba pidiendo que se colgara con las manos, sin guantes protectores, de un millón de voltios o algo similar.

—¿Y ha dicho usted que no viajaré solo?

—Sí, eso es.

—¿Quién viajará conmigo?

—Yo.

—¿Usted en persona?

—Sí.

—¿Al mismo tiempo que yo?

—Sí, al mismo tiempo. ¿Te parece suficiente garantía?

—Trabajo aceptado. Ahora, ¿me dice dónde se encuentra ese planeta azul?

—En Genesium.

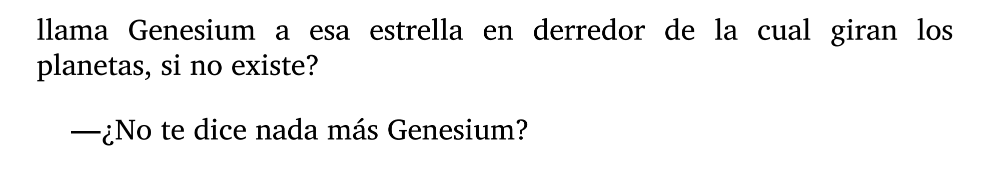
—¿Genesium?

—Sí, supongo que lo has oído nombrar antes.

—La verdad, no conozco ninguna estrella llamada Genesium.

—Es que no la hay.

—Profesor Sol, usted se está burlando de mí] Entonces, ¿por qué


llama Genesium a esa estrella en derredor de la cual giran los planetas, si no existe?

—¿No te dice nada más Genesium?

—Sí, claro, es un metal radiactivo, hallado en estado natural en el planeta Venus.

—Exacto, un metal radiactivo natural, un elemento que era desconocido en el planeta Tierra, antes de la colonización de Venus, un elemento que ahora sí conocemos bien, y yo mejor que nadie porque me he dedicado a investigarlo a fondo.

—No le entiendo, profesor. ¿Me está hablando de una estrella o de un metal radiactivo?

—En este caso, para mí es lo mismo. Lo que estás viendo en pantalla es el núcleo de un átomo de Genesium, un núcleo con luz propia. Es una estrella del microcosmos, cuando tú buscabas una estrella en el macrocosmos.

—¿Está de broma? ¿Piensa que me voy a creer que los electrones que giran en torno a ese núcleo son los planetas?

—Exactamente. Tiene diez electrones y el tercero es azul, lo estás viendo gracias a mi ultra microscopio atómico. Tengo ese átomo de Genesium aislado.

—¿Y sólo ocurre en ese átomo de Genesium? Me refiero a lo del planeta azul.

—No, en cada átomo de Genesium hay un planeta azul porque todos los átomos de Genesium, como elemento puro, son iguales.

—En ese caso, habrá miríadas de trillones de planetas azules, me refiero a microatómicos planetas azules.

—Exacto, tú lo has dicho, miríadas de trillones de planetas azules. ¿No es fantástico?

—Profesor Sol, no sé si creerle o tomarme una aspirina.

El profesor Sol levantó su mano alargada, de piel semitransparente, y la posó sobre el hombro de Hardy Fox, con un gesto casi paternal.

—Sé que es difícil de aceptar. Muchas cosas que he descubierto son tan fantásticas que nadie se las creería, por más que las explicase,

pero son ciertas. Y compruebo mis descubrimientos, y en este caso necesito viajar a ese planeta azul del microcosmos para saber realmente lo que contiene. ¿Te das cuenta de lo que representaría comprobar que existen microcosmos idénticos a los que nos dan cabida, hallar seres vivos en lo que hasta ahora llamamos un electrón que gira alrededor del núcleo de un átomo?

—Creo que todos nos volveríamos locos.

—Nos hallamos frente a un misterio jamás sospechado. Si existen seres vivos en ese microplaneta azul, serán tan diminutos que nosotros los terrícolas jamás hemos inventado un aparato capaz de captarlos. Un átomo de esta clase tiene como núcleo lo que llamamos una estrella y en torno a ella giran los planetas que son los electrones y sobre estos electrones viven, si es que viven, seres como podemos vivir en nuestro planeta, de modo que es imposible calcular la diferencia de peso y volumen entre ellos y nosotros.

—Entiendo, es como si para nosotros hubiera un ser vivo capaz de poner en la palma de su mano toda nuestra galaxia.

—Más, mucho más. En la palma de la mano, siempre en comparación, le cabría todo nuestro universo conocido. Imagina lo que sería para nosotros ese ser, pues nosotros seriamos lo mismo para esas criaturas microdiminutas.

—En ese caso, es imposible que uno de nosotros viaje a ese planeta azul. Es como querer meter el planeta Tierra dentro de uno de sus tubos de ensayo, profesor Sol.

—Así sería, si yo no hubiera descubierto la forma de microatomizarnos.

—Eso es imposible.

—No lo es — replicó, con arrogancia, el profesor Sol.

—Aun así, llegaríamos a tener el tamaño de un átomo.

—¡No, no! Nos haremos más, muchísimo más diminutos, tan diminutos que ni siquiera este ultramicroscopio atómico podrá captarnos, y viajaremos a través del espacio del microcosmos hasta llegar a ese planeta azul, y lo que descubramos valdrá en paridad a lo que pueda haber en otros planetas azules, en esas miríadas de trillones de planetas azules, de las que tú has hablado, Hardy Fox.

Hardy Fox volvió a mirar a los ojos verdes del profesor Sol, y se preguntó si era un loco alucinado; no obstante, los grandes investigadores siempre debían haber parecido dementes y luego, el tiempo les había dado la razón, claro que también muchos supuestos sabios se habían equivocado, y quienes habían creído en ellos habían pasado a mejor vida.

Como si adivinara lo que el joven pensaba, el profesor Sol sonrió. Sus ojos verdes semejaron fosforescer más que antes al preguntar:

—¿Tienes miedo, Hardy Fox?

CAPÍTULO II

El ingeniero Hollister era el hombre de confianza del profesor Sol.

El controlaba el laboratorio de investigación, en ausencia del profesor Sol, y éste confiaba plenamente en él.

Hardy Fox trató de desconfiar todo aquel galimatías de ecuaciones y más ecuaciones, de trazos geométricos. El ingeniero Hollister escribía y dibujaba sobre una plataforma que había en su mesa, y en la gran pantalla iba apareciendo todo lo que él hacía, y que Hardy Fox trataba de comprender.

—¿Lo ve claro ahora?

Hardy Fox suspiró.

—No sé si es que soy tonto, pero esto es demasiado complicado para mí. Me es mucho más fácil pilotar una nave espacial.

—Usted le ha pedido al profesor Sol que le explicara el proceso que se utilizará para el viaje al microcosmos, ¿no?

—Sí, pero no pensaba que fuera tan complicado. Además, puede usted liarme con sus números, con sus ecuaciones, y luego la práctica del proceso ser otra. Cuando sea el momento de experimentar, será tarde para volverse atrás, de modo que o sale bien o sale mal; es un riesgo que hay que afrontar.

—Entonces, ¿no sigo dándole explicaciones?

Hardy Fox miró el rostro barbudo del ingeniero

Mollister y respondió:

—Creo en su buena fe, no hace falta que se esfuerce más; acepto el riesgo.

Había pasado casi tres horas intentando comprender todo aquel proceso, y acabó tirando la toalla.

Viajaría sin nave, quizá hacia la eternidad.

Abandonó el laboratorio, y tomó el ascensor de cristal. Al llegar a recepción, observó que la larga cola de hombres que buscaban el arriesgado trabajo que él acababa de conseguir, había desaparecido.

Alanda estaba tras la mesa. Las miradas de ambos se encontraron mientras la chica seguía sentada y Hardy Fox avanzaba hacia ella por la amplísima sala de suelo rojo oscuro, muy brillante.

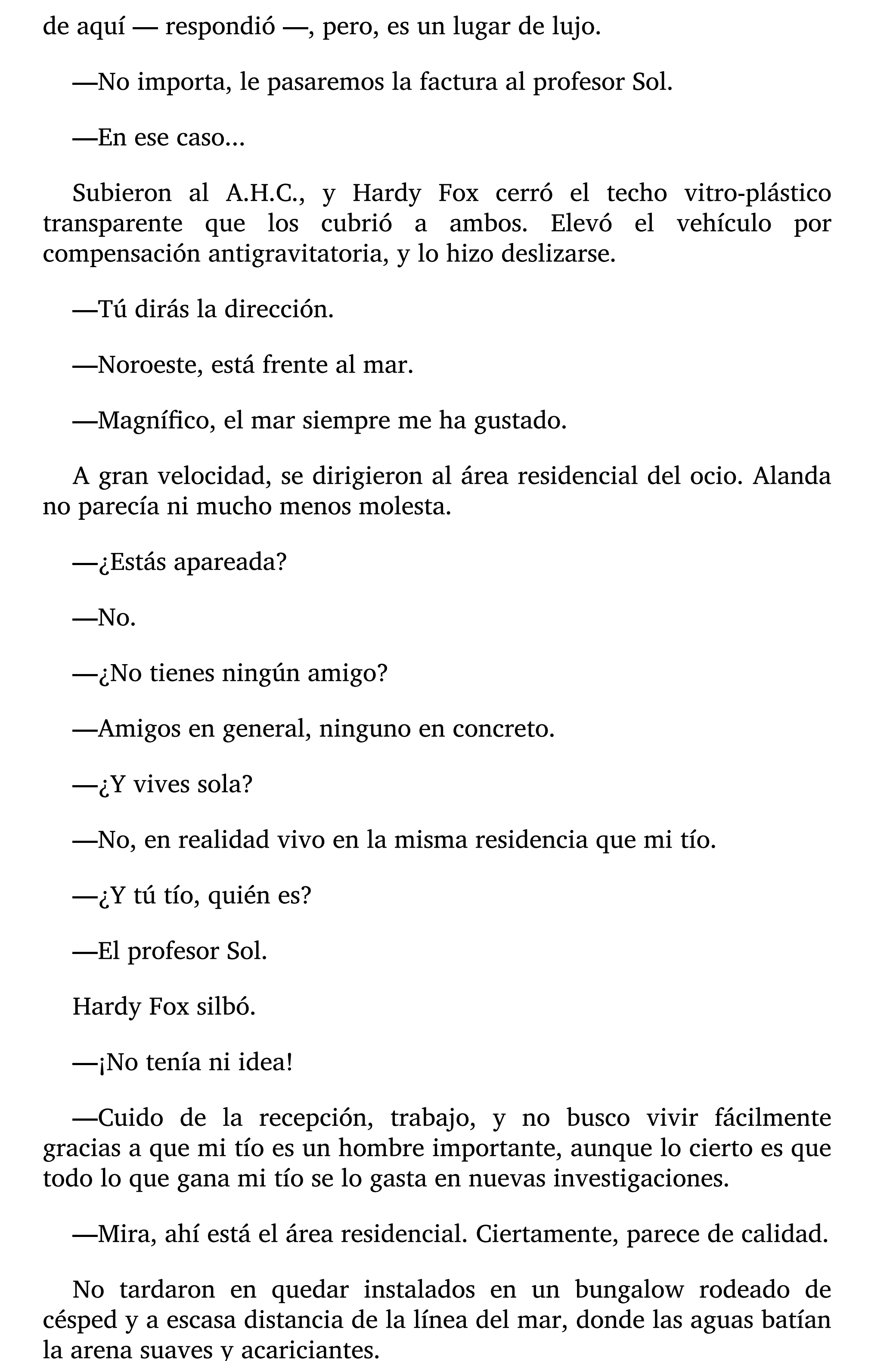
—Vámonos.

Ella le interrogó con la mirada. Como no obtuvo respuesta, se limitó a levantarse y echó a andar junto a Hardy Fox.

—Hace tiempo que falto de esta ciudad. ¿Qué recomiendas a un sentenciado a muerte?

Alanda, mirándole de reojo, sonrió.

Existe una nueva área residencial del ocio, como a unas cien millas


de aquí — respondió —, pero, es un lugar de lujo.

—No importa, le pasaremos la factura al profesor Sol.

—En ese caso…

Subieron al A.H.C., y Hardy Fox cerró el techo vitro-plástico transparente que los cubrió a ambos. Elevó el vehículo por compensación antigravitatoria, y lo hizo deslizarse.

—Tú dirás la dirección.

—Noroeste, está frente al mar.

—Magnífico, el mar siempre me ha gustado.

A gran velocidad, se dirigieron al área residencial del ocio. Alanda no parecía ni mucho menos molesta.

—¿Estás apareada?

—No.

—¿No tienes ningún amigo?

—Amigos en general, ninguno en concreto.

—¿Y vives sola?

—No, en realidad vivo en la misma residencia que mi tío.

—¿Y tú tío, quién es?

—El profesor Sol.

Hardy Fox silbó.

—¡No tenía ni idea!

—Cuido de la recepción, trabajo, y no busco vivir fácilmente gracias a que mi tío es un hombre importante, aunque lo cierto es que todo lo que gana mi tío se lo gasta en nuevas investigaciones.

—Mira, ahí está el área residencial. Ciertamente, parece de calidad.

No tardaron en quedar instalados en un bungalow rodeado de césped y a escasa distancia de la línea del mar, donde las aguas batían la arena suaves y acariciantes.

—¿No te importa estar aquí, sola conmigo?

—No me importa acompañarte, no he dicho que vaya a suceder nada más — puntualizó ella.

—¿No te apiadarás de un sentenciado a muerte? Porque estoy convencido de que tu tío, el profesor Sol, está loco de atar, y que él y yo nos vamos a desintegrar durante la experiencia.

Cenaron en el restaurante subacuático donde todas las paredes eran de cristal. Gracias a las luces del interior, podía verse a los peces acercarse a las paredes de cristal.

—¿Te ha pedido tu tío que seas amable conmigo?

—No.

—Entonces, ¿por qué lo eres?

—Me caes bien. ¿Es suficiente?

La observó atentamente, por encima de la copa de champaña. No podía decirse que Alanda se pareciera en nada a su tío, ni uno solo de sus rasgos faciales tenía concomitancia con los del profesor.

—Pareces una mujer muy segura de ti misma.

—Intento serlo. Y tú, ¿por qué me has pedido que te acompañara? ¿Simplemente por tener una mujer a tu lado, una hembra, para concretar más?

—Cuando los aventureros, pioneros o mineros pasamos largo tiempo en un planeta hostil, en un asteroide donde nos vemos obligados a vivir todo el tiempo con el traje de supervivencia puesto, sin poder salir de los módulos habitables y sin tener a ninguna mujer cerca, lo pasamos mal.

—Lo comprendo. Hay quienes toman pastillas para no sentir el deseo del sexo.

—Eso sólo lo hacen los idiotas y los que ya no tienen ese deseo.

—¿Por qué las toman, entonces?

—Será para convencerse a sí mismos de que son muy viriles, pero no creo que se engañen siempre.

Cuando regresan a un lugar civilizado y ven mujeres, se les despierta un apetito desmesurado e irracional; ése ha sido siempre el gran éxito de los burdeles instalados en lugares por donde pasan los que regresan de las zonas solitarias. A lo largo de la historia, ha sido así y continuará igual porque el hombre necesita a la mujer.

—Y la mujer al hombre, sólo que nos sabemos controlar un poco mejor.

—Somos distintos. Nosotros, una vez satisfechos, nos controlamos muy bien, quizá vuestro problema sea a la larga.

—Desde que nos declaramos libres, no tenemos tantos problemas a la larga. No dependemos de los convencionalismos, pero tampoco tenemos por qué arrojarnos a los brazos del primer hombre que se presente, hambriento de sexo. Por cierto, ¿has pasado tú ya por uno de esos burdeles de los que hablabas?

—No.

—Pues, no pienses en mí para complacer el descanso del guerrero.

Hardy Fox aceptó la comparación y dijo:

—Sé diferenciar entre una mujer «sexo» y una mujer como tú.

—Gracias.

—¿Te apetece bailar ahora? La música es suave, a una chica como tú ha de gustarle la música sentimental.

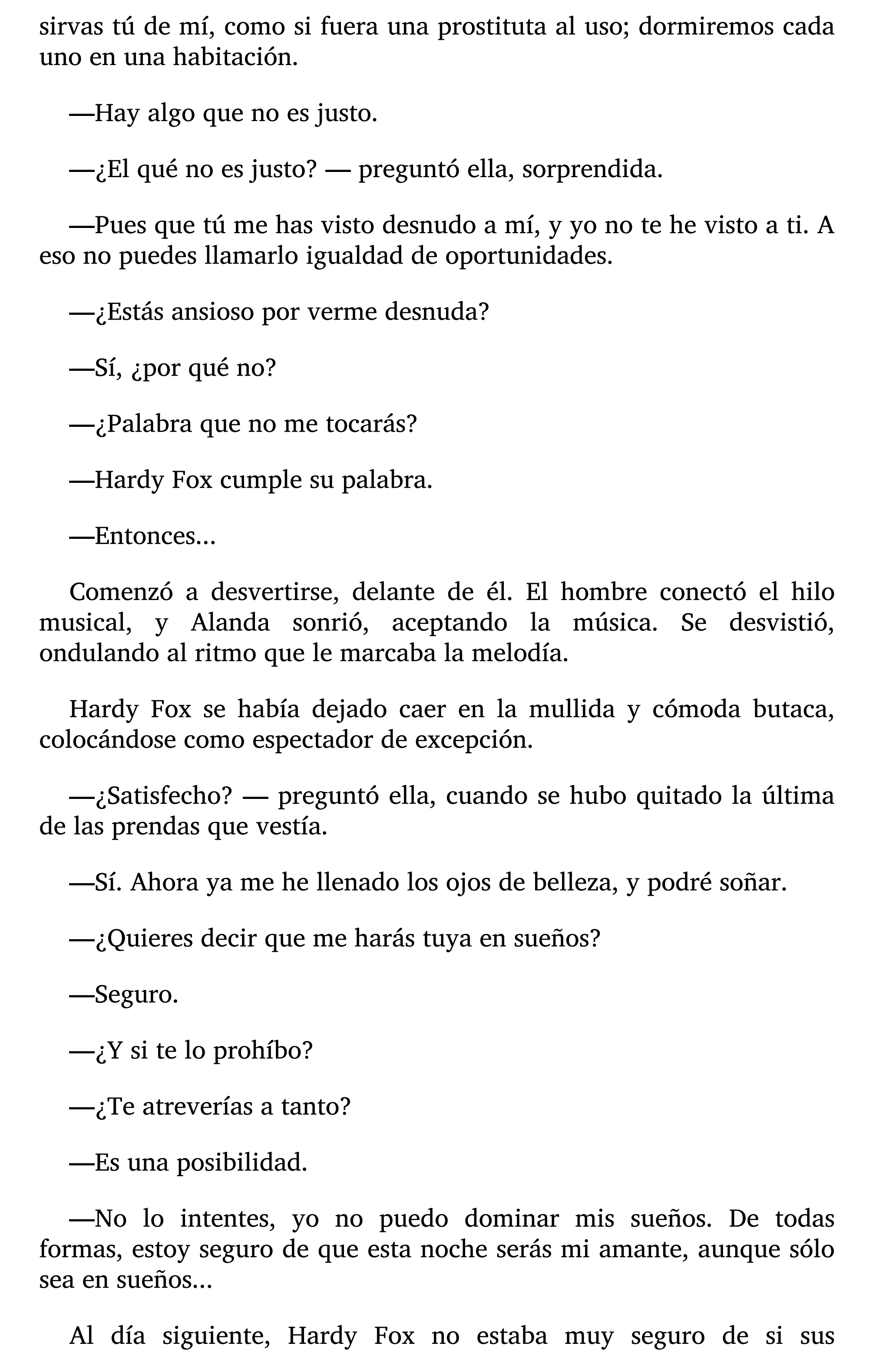
—Mientras no me llenes los oídos de promesas para que me ponga blanda...

—Palabra que no caeré en esa tentación. Me enfrentaré con la experiencia de tu tío cargado de vigor, pero si reaparezco en otra parte, en otro mundo, que vayan con cuidado las hembras con las que me tope — se rió Hardy Fox, contagiando a la muchacha de su hilaridad.

Bailaron y, tal como Hardy Fox había prometido, no bombardeó los oídos femeninos con palabras suaves ni dulces.

Pasearon por los jardines, y se fueron a dormir al bungalow que poseía dos habitaciones y un pequeño saloncito.

—Hardy Fox, me gustaría servirte de mucho, pero no quiero que te



sirvas tú de mí, como si fuera una prostituta al uso; dormiremos cada uno en una habitación.

—Hay algo que no es justo.

—¿El qué no es justo? — preguntó ella, sorprendida.

—Pues que tú me has visto desnudo a mí, y yo no te he visto a ti. A eso no puedes llamarlo igualdad de oportunidades.

—¿Estás ansioso por verme desnuda?

—Sí, ¿por qué no?

—¿Palabra que no me tocarás?

—Hardy Fox cumple su palabra.

—Entonces...

Comenzó a desvertirse, delante de él. El hombre conectó el hilo musical, y Alanda sonrió, aceptando la música. Se desvistió, ondulando al ritmo que le marcaba la melodía.

Hardy Fox se había dejado caer en la mullida y cómoda butaca, colocándose como espectador de excepción.

—¿Satisfecho? — preguntó ella, cuando se hubo quitado la última de las prendas que vestía.

—Sí. Ahora ya me he llenado los ojos de belleza, y podré soñar.

—¿Quieres decir que me harás tuya en sueños?

—Seguro.

—¿Y si te lo prohíbo?

—¿Te atreverías a tanto?

—Es una posibilidad.

—No lo intentes, yo no puedo dominar mis sueños. De todas formas, estoy seguro de que esta noche serás mi amante, aunque sólo sea en sueños...

Al día siguiente, Hardy Fox no estaba muy seguro de si sus

experiencias amorosas con Alanda habían sido sueño o realidad.

Descubrió a Alanda nadando en las aguas nítidas y transparentes. Se zambulló también, yendo a su encuentro.

La joven le recibió con un beso y luego, sin decirse nada, siguieron nadando el uno junto al otro, viendo los fondos marinos, donde abundaban los mariscos y la flora subacuática. Aquél era un lugar de auténtico privilegio.

El tiempo fue pasando. Cuando Hardy Fox notó a faltar a Alanda, le dijeron en la conserjería del área residencial del ocio que ella se había marchado. Habían transcurrido cinco días.

Sonó la chicharra del videoteléfono, y pulsó el botón de interconexión. En la pequeña pantalla negra apareció la imagen inconfundible del profesor Sol.

—Hardy Fox.

—Adelante, profesor Sol. ¿Ha llegado el momento?

—Sí, acude al laboratorio, te estamos esperando.

—Está bien. Por cierto, profesor Sol, dejo a su cargo la cuenta del área residencial.

—De acuerdo, pagaremos tu cuenta.

Hardy abandonó el área residencial del ocio, con cierta nostalgia; allí había pasado cinco días de verdadera delicia. No tuvo problemas para marchar, en administración aceptaron la garantía del profesor Sol, y Hardy Fox montó en su A.H.C.

Sin prisas, se dirigió al laboratorio del profesor Sol. Todavía notaba en su piel los rayos de sol que la habían tostado, y los pequeñísimos cristales de cloruro sódico que contenía el agua marina. En su mente había quedado grabada la imagen de Alanda, la bellísima e inteligente sobrina del profesor Sol.

No tardó en divisar el edificio del laboratorio del profesor Sol, una edificación encerrada dentro de unos muros, con gran espacio de tierra libre, por si se producía algún accidente.

La factoría más próxima se hallaba a cinco millas y, pese a aquella distancia, se había obligado al profesor Sol a instalar el laboratorio en

el subsuelo, de modo que, si se producía alguna explosión, el área expansiva de la onda térmica y radiactiva se disparara hacia arriba y no en derredor.

Abandonó su vehículo y penetró en el edificio, con el deseo de encontrarse con Alanda en la recepción, y preguntarle por qué se había marchado sin previo aviso, sin dejarle una nota, aunque fuera pintada en un cristal.

En recepción descubrió una cabellera rubia. No tardó en darse cuenta de que no pertenecía a Alanda, si no a otra recepcionista, también joven y hermosa, más no era Alanda.

—Soy...

—Sí, Hardy Fox — dijo ella, pues tenía la fotografía del propio Hardy Fox en el monitor de su mesa de recepción—. El profesor Sol le aguarda.

Conocía el camino, y se dirigió al ascensor; en él descendió al laboratorio principal.

El profesor Sol y su equipo de sabios le aguardaban. Todas las miradas convergieron en él, al entrar Hardy Fox en la estancia repleta de extraños artilugios. Un buen número de ellos estaban en funcionamiento, y producían un fuerte rumor ambiental, al tiempo que Se escuchaban pitidos intermitentes, en distintas intensidades.

—¿Lo has pasado bien, Hardy Fox?

Creyó captar un deje de ironía en las palabras del profesor Sol, y prefirió no darse por aludido.

—No hemos hablado de algo importante, profesor Sol.

—¿Ah, no, qué falta por hablar? Creo que mi querido colega, el ingeniero Hollister, te lo explicó todo.

—Sólo falta preguntarle qué gano yo en todo esto.

—¿Qué quieres decir?

—Usted me explicó que iríamos a ese planeta azul que usted ha descubierto; lo investigaríamos y luego regresaríamos, pero a la vuelta, yo he de sacar algo, ¿no cree?

—No te preocupes. Cuando regresemos, te daré el salario de

astronauta correspondiente a dos años.

—¿Dos años? No está mal del todo, aunque es poco para el riesgo que se corre.

—Si el riesgo fuera total, me sería muy sencillo ofrecerte cuanto poseo.

—Si yo no vuelvo, ese salario se lo puede quedar alguien.

—Es justo. ¿A nombre de quién?

—Alanda.

—¿Alanda? — repitió, perplejo, y todos los sabios miraron al profesor.

—Sí, Alanda. No tengo parientes y, si me desintegro, quiero que ella se quede con esos dos años de salario.

—No puede ser.

—Entonces, no hay viaje.

—Es que no me has dejado explicarte la razón.

—¿Cuál es esa razón, profesor Sol?

En vez de responder el profesor Sol, fue el ingeniero Hollister quien dijo:

—Alanda también viajará al planeta azul.

Hardy Fox quedó casi aturdido ante la noticia. La muchacha había resultado de una sangre fría excepcional, al no decirle nada de su viaje, al no rebelarle que ella corría tanto riesgo como él, en el experimento.

—¿Alanda lo sabía antes, me refiero a antes de que me contratara a mí?

Más conciliador, el profesor Sol explicó:

—No, no lo sabía, le he ofrecido esa posibilidad hoy mismo. Es una mujer joven y perfecta, resistirá bien.

—Ha aceptado, sin vacilar — sentenció el ingeniero Hollister.

—Profesor Sol, que arriesgue la vida de un aventurero del espacio como yo, no tiene demasiada importancia; había cola para aceptar un trabajo tan peligroso, incluso admito que usted mismo se arriesgue. Casi siempre los investigadores han deseado probar en ellos mismos sus propios inventos y, a lo largo de la historia, han sido más los que han muerto que los que han sobrevivido a sus experimentos, pero arriesgar a Alanda, me parece innecesario y abusivo. Ella no es ninguna aventurera.

—Hardy Fox, tú tenías el derecho de aceptar o rechazar— silabeó el profesor Sol. Parecía que sus ojos se le estiraban hacia arriba más de lo normal, mientras semejaban fosforescer—. Nadie te ha pedido consejo, el responsable y jefe de la expedición soy yo.

Hardy Fox apretó sus puños hasta que le blanquearon los nudilios; sintió unos irrefrenables deseos de darle un puñetazo en la boca al despótico profesor Sol.

—¿Y si me vuelvo atrás?

—Eres libre de hacerlo — replicó el profesor, desafiante—. Tenemos a otros como tú en la reserva, no tardaríamos una hora en sustituirte. El viaje al microcosmos se llevaría a cabo igualmente.

—¿Y Alanda?

—Viajaría lo mismo, mételo en la cabeza.

—Está bien, sigo adelante y, si reventamos, lo haremos juntos. Si me desintegro, lo haré al lado de un loco.

—Profesor Sol — intervino el ingeniero Hollister, algo dubitativo —. Hardy Fox es demasiado indisciplinado, no podrá usted estar seguro de las decisiones que tome en la expedición.

—Es un hombre físicamente perfecto — replicó el profesor Sol a su segundo en el laboratorio.

—Puede provocarle problemas durante la expedición

—insistió el ingeniero Hollister, mirando con no muy buenos ojos a Hardy Fox.

—No soy ningún simio domesticado, al que se le da un cacahuete para que mueva una palanca o se le encienda una luz para que se ponga a dormir. Soy un ser humano, con todas las consecuencias —

advirtió el propio Hardy Fox.

—Así es como debe ser — sentenció el profesor, dando por terminada la discusión.

—Sígame — pidió el ingeniero Hollister, que no parecía congeniar excesivamente con el rebelde Hardy Fox.

Llegaron frente a una pantalla ante la cual estaba sentada Alanda. Al ver a Hardy Fox, le sonrió pacíficamente, sin demostrar ningún interés por hablar.

El ingeniero Hollister hizo que se iluminaran unos puntos en la pantalla negra, a cuya derecha había un cilindro metálico, muy brillante, con distintos cables conectados.

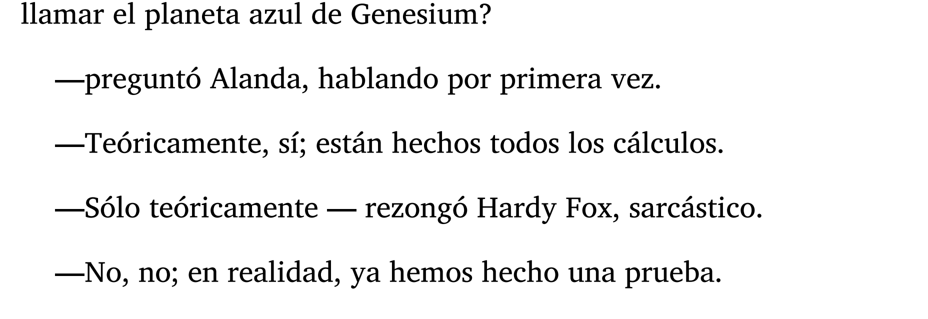
El cilindro tendría como un metro de diámetro y unos cinco de largo. Un tubo que parecía metálico partía de uno de sus extremos y se introducía por un muro que se hallaba a su derecha, desapareciendo a través de él.

—Lo que están viendo en pantalla es el átomo de Genesium, con su núcleo y sus electrones, en otras palabras, su estrella y sus planetas. Es el mundo del microcosmos. Hasta hace poco se creía que todos los electrones, con su carga negativa, eran exactamente iguales, lo que no es cierto. Cada electrón es distinto al otro en tamaño, volumen y composición. Sus condiciones físicas también varían, según la proximidad o alejamiento del propio núcleo, es decir, de lo que podemos considerar su estrella sol, la que les da vida, la que les obliga a girar a su alrededor como el Sol que tiene atrapados a los planetas de nuestro sistema. El núcleo radiactivo del átomo de Genesium tiene vida propia, emite luz y radiaciones exactas a las que emite el Sol, lógicamente en proporción infinitamente inferior. El núcleo y los electrones que componen el átomo, hasta ahora sólo se creían aptos para combinarse en moléculas o para constituir otros élementos, mediante el bombardeo de distintos átomos. Así es cómo se consiguió obtener el tan ansiado oro, en los laboratorios atómicos, y no en el medioevo, con la supuesta piedra filosofal.

—Abrevie — pidió Hardy Fox —, no somos escolares.

—Está bien — aceptó el ingeniero Hollister, mordiendo las palabras. Deseaba exponer sus brillantes descubrimientos; quizá, en el fondo, era un profesor de física frustrado.

—¿Podremos, de verdad, viajar a ese electrón que hemos dado en



llamar el planeta azul de Genesium?

—preguntó Alanda, hablando por primera vez.

—Teóricamente, sí; están hechos todos los cálculos.

—Sólo teóricamente — rezongó Hardy Fox, sarcástico.

—No, no; en realidad, ya hemos hecho una prueba.

—¿Y con qué resultado?

—Positivo.

—¿Enviaron a un mono?

—No, no hubiera podido darnos noticias, a su llegada al planeta azul de Genesium, y con nuestros aparatos no hemos logrado ampliarlo más de lo que ya lo tenemos en pantalla. Enviamos un cohete explosivo, con un detonante de tiempo.

—¿Explotó la bomba? — preguntó Hardy Fox.

—Sí, tenemos una cinta que demuestra que sí.

—¿Podemos verla? — inquirió Hardy.

—Sí, claro que sí.

El ingeniero Hollister tecleó en el control de la pantalla, y desapareció la imagen que estaban viendo.

No tardó en verse el planeta azul de Genesium centrado en la pantalla, mientras bajo él aparecían cifras, que iban disminuyendo en una rápida cuenta atrás.

—Cuando llegue el cero, se producirá la explosión.

Observaron cómo la numeración disminuía hasta que llegó el cero, y entonces apareció una lucecita blanca, que pudo captarse perfectamente.

—¿Lo habéis visto?

—Sí — admitió Alanda.

—¿No está trucada la filmación?

—No — replicó, algo molesto, el ingeniero Hollister—. Este artefacto explosivo nuclear que tenía que provocar un gran brillo para que pudiéramos captarlo fue microdisminuido y enviado al planeta azul, explotando en él, lo que indica que el viaje es totalmente factible. El artefacto explosivo llegó con todos sus instrumentos en perfecto estado, nada falló.

—¿Confías más ahora, Hardy? — preguntó la propia Alanda.

—Si tú tienes fe en tu tío y sus colaboradores…

El ingeniero Hollister carraspeó. Se apartó de la pantalla y, poniendo su mano sobre el cilindro metálico que se hallaba en posición horizontal, explicó:

—El átomo de Genesium aislado, lo tenemos aquí dentro. Por supuesto, ocupa un minúsculo espacio dentro del cilindro. La cápsula está llena de materiales y complejos electrónicos, que mantienen aislado el átomo de Genesium. Se conserva de forma estable y no puede escapar.

—De modo que viajaremos ahí dentro — observó Hardy Fox.

—Sí. Por ese tubo que viene del otro lado de la pared, pasaréis al interior del cilindro. Iréis directamente al átomo aislado y, por su microsistema solar, al planeta azul, es decir, al tercer electrón del átomo. En vuestro viaje siempre estaréis aquí, dentro de este cilindro; no saldréis nunca del laboratorio, aunque os parezca que estáis en otra Galaxia. Se ha viajado a otros sistemas estelares, pero jamás, jamás antes de ahora, se ha probado, ni siquiera intentado, un viaje al microcosmos.

—¿De modo que, si nos perdemos, nos perderemos para siempre dentro de ese cilindro?— arguyó Hardy Fox.

—Sí.

—¿Y nuestro cuerpo actual?

—Vuestra materia será convertida en energía, que quedará envasada hasta vuestro regreso y entonces, os será devuelta. Llevaréis con vosotros la micromateria, pero no perderéis vuestra forma ni vuestras facultades, tanto físicas como mentales.

—Bueno, no siga dando más datos, y vayamos al grano —cortó Hardy Fox—, Lo cierto es que me hubiera gustado más subir a una

nave interestelar y saltar al espacio, a la búsqueda de un planeta desconocido. Eso de reducirme hasta convertirme en un ser infinitamente más diminuto que un átomo, no me hace gracia, y luego, meterme ahí;.. En fin, supongo que a los que descubrieron América en el pasado, hace ya más de un milenio, también les debió parecer una locura meterse en las naos y poner proa hacia lo desconocido. — Se volvió hacia la muchacha, y preguntó — : ¿No tienes miedo, Alanda?

—Siempre que se emprende un viaje importante, se tiene algo de miedo, pero pasará.

—Entonces, vamos.

—Seguidme — ordenó el ingeniero Hollister, dirigiéndose hacia una puerta abierta en el muro, a través de la cual desaparecía el tubo metálico que quedaba unido al cilindro capsular donde estaba encerrado y aislado el microcosmos al que iban a tener que viajar—. Al otro lado de esta puerta se halla la sala de partida para el viaje al microcosmos.

Alanda dejó que Hardy Fox le cogiera la mano y así, unidos, cruzaron la puerta. Faltaba poco para su viaje hacia lo desconocido o a la eternidad.

CAPÍTULO III

El mismísimo profesor Sol en persona vigiló los últimos detalles

para emprender el viaje. Junto a sus ayudantes, comprobó que todo estaba en orden, y el material que iban a llevar con ellos en el viaje al microcosmos se hallaba en su lugar correspondiente.

Sobre una plataforma circular, Hardy Fox y Alanda pudieron ver una nave no muy grande, una nave de unos quince metros de eslora y tres de ancho, apta para viajar por la superficie de los planetas.

Podía navegar por el agua, a nivel de superficie o subacuáticamente. También podía emprender el vuelo e incluso salir de la atmósfera, colocándose en órbita, más no estaba preparada para cruzar los espacios siderales, pues carecía de la suficiente autonomía en suministros de agua, víveres y oxígeno para su dotación de viajeros.

El profesor Sol se volvió hacia la joven pareja.

—¿Estáis preparados?

Hardy Fox observó la nave polivalente y la gigantesca campana de grueso cristal que se hallaba suspendida sobre ella, preparada para ser bajada, y encerrar a la nave en su interior.

—¿Viajaremos ahí dentro? — preguntó.

—Sí, pero esa nave no es para que nos traslade al planeta de Genesium, si no para que, cuando lleguemos a él, tengamos un vehículo para viajar. Si llegáramos a un planeta desconocido, con sólo nuestros pies como medio de locomoción, no llegaríamos muy lejos.

—Bien, tendremos un vehículo para viajar, un vehículo que nos servirá para guarecernos si el ambiente es hostil, pero no me ha dicho de qué forma estaremos en contacto con el ingeniero Hollister, que será el que deba regresarnos aquí de nuevo, cuando termine la exploración de su planeta azul de Genesium.

—En el momento que comience el viaje, se cortará toda comunicación entre nosotros y este laboratorio o cualquier otro. Nuestras frecuencias de emisión serán algo así como inframicroondas, no habrá posibilidades de captarlas.

—Bueno — titubeó el ingeniero Hollister, como queriendo añadir algo.

—Silencio — ordenó, tajante, el profesor Sol—. Encárguese de poner en marcha todos los circuitos, la cuenta atrás ha comenzado.

Hardy Fox intuyó que había algo que se mantenía en secreto para que no lo supiera, algo que podía tener relación con una posible comunicación entre el ultradiminuto planeta azul y el laboratorio.

El ingeniero Hollister se puso al frente del equipo que controlaría el extraño y arriesgadísimo viaje al microcosmos. Bajo el suelo estaban los depósitos para almacenar la energía en que iba a convertirse la materia sobrante que, obviamente, no podría caber en el microcosmos, pues iban a disminuir hasta adquirir una proporción pareja con el planeta azul del átomo de Genesium.

Hardy Fox no entendía cómo podía ser posible todo aquel proceso de ultraminiaturización, pero no deseaba preguntar más. Ya tenía el cerebro lleno de datos y ecuaciones totalmente incomprensibles, no sólo para él si no para cualquier físico recién graduado.

Indudablemente, el profesor Sol era un genio, pero había que tener cuidado, ante las reacciones más imprevisibles e incomprensibles.

—Subamos, partiremos en seguida — pidió el profesor Sol.

Subieron a la plataforma circular, y se volvieron hacia el equipo de sabios colaboradores del profesor Sol. Les saludaron con la mano, a modo de despedida, y Hardy Fox abrió la portezuela de la nave que iban a llevar consigo.

Primero entró el profesor Sol, le siguió su sobrina Alanda y, y por último, Hardy Fox. Este cerró la portezuela que les aislaba herméticamente del exterior.

—¿Se va a poner usted al mando de la nave? —preguntó Hardy Fox.

—No, tú serás el piloto, como si dijéramos el chófer de este vehículo. Supongo que su manejo no tendrá dificultades para ti.

El joven dio un vistazo al salpicadero de mando, y después asintió:

—No habrá problema. He pilotado naves mucho más complicadas; después de todo, esto no es una nave espacial, es una nave de «weekend», aunque posea ciertas mejoras.

—Tiene muchas mejoras, ya te irás dando cuenta de ello.

Se acomodaron en las respectivas butacas anatómicas. A través de los cristales parabrisas pudieron ver al equipo de sabios y todas las

paredes llenas de paneles de luces y contactos que debían controlar el fascinante viaje.

Pronto comenzaría la descomposición de la materia, que quedaría almacenada hasta su regreso, si es que conseguían volver.

La materia que debería viajar se trasladaría, por el tubo, a través de la pared para introducirse en la cápsula cilindrica donde les esperaba el microcosmos que era su destino.

La gran campana de cristal, de un grosor capaz de resistir cualquier bombardeo, comenzó a descender sobre ellos, encerrándoles, aislándoles del resto del mundo. Bajaba lentamente, tardaría más de media hora, no en vano su peso era de cientos de toneladas.

En lo alto había los tubos por donde tenían que desaparecer, mientras en una pantalla los números seguían su cuenta atrás. En otra pequeña pantalla, situada en el salpicadero de la nave en la que iban a viajar los tres, los mismos números seguían la cuenta atrás. Cuando llegaran al cero, los números comenzarían a sumar contando el tiempo que transcurriera, así sabrían el tiempo de viaje que llevaban en cada momento.

Al fin, la gran campana quedó colocada. Los bordes inferiores fueron sellados automáticamente por una corriente de vidrio fundido.

—¿Nerviosos? — preguntó el profesor Sol.

—Un poco — admitió Alanda.

—Supongo que no servirá de nada que estemos o dejemos de estar nerviosos. Nosotros no vamos a controlar nuestro propio viaje, somos sujetos pasivos. Nos va a dirigir el ingeniero Hollister.

—Todo está preparado hasta el último detalle — puntualizó el profesor Sol, viendo que los últimos segundos escapaban ya, y se hallaban al borde del viaje al microcosmos.

—Siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero...

A partir de aquel instante, el reloj ya no iba a restar, sino a sumar.

Hardy Fox sintió como un fuerte escozor en todo su cuerpo, un escozor que le obligó a cerrar los ojos. Así, perdió el mundo de vista, no pudo ver lo que les ocurría a Alanda ni al profesor Sol.

Fue perdiendo la conciencia, era como si se estuviera durmiendo gracias a un fármaco que le ayudaba a escapar de un dolor insoportable.

En el exterior de la cápsula, el ingeniero Hollister y sus colaboradores, protegidos con cascos y visores antirradiaciones, vieron cómo el interior de la campana de cristal se llenaba de una luz vivísima y cegadora, una luz que todo lo invadía.

La nave desapareció dentro de aquella luz, que fue haciéndose más y más intensa.

Hollister observó un panel de mandos y, viendo cómo las luces rojas dejaban paso a las verdes, ordenó:

—¡Ahora!

Sus colaboradores movieron siete palancas, y se produjo un bramido que sólo podía ser comparable a una fiera monstruosa rugiendo.

Toda aquella luz vivísima fue succionada por uno de los tubos superiores de la campana. La materia, convertida en energía, iba a pasar del interior de la campana al depósito de almacenaje.

La energía desapareció, y el interior de la campana de cristal quedó vacío, por lo menos así lo parecía. A los ojos humanos, la nave en que se hallaba el profesor Sol, Alanda y Hardy Fox, se había esfumado.

El dedo del ingeniero Hollister se aproximó a un recuadro rojo, del que había levantado la tapa de cristal protector. Lo pulsó, al tiempo que exclamaba:

—¡Buen viaje!

* * *

Hardy Fox como si, muy cansado, se hubiera transpuesto, sacudió la cabeza y se vio pilotando la nave «Micro Operation» en torno a un planeta azul, con atmósfera, e iluminado por su Sol, un planeta que le hizo parpadear, pues no lo reconocía. Sin embargo, la nave había entrado en funcionamiento automático.

A su lado, Alanda y el profesor Sol seguían inconscientes; observó que respiraban normalmente, y ello le tranquilizó.

En aquellos momentos hubiera deseado tener cerca una cascada de agua helada, bajo la cual colocar su cabeza para refrescarla, en busca de una serenidad. ¿Era cierto lo que recordaba?

—¡Por todos los cielos!

Miró al exterior, y a lo lejos divisó el sol que iluminaba al planeta. Volvió sus ojos hacia el propio planeta, y le pareció increíble estar Orbitando un electrón, que a su vez giraba en torno a su núcleo atómico.

—Eh, Alanda. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. Sentí un gran escozor en todo el cuerpo, y luego me dormí.

—Yo también. El profesor Sol sigue dormido.

—¿Ha ido todo bien?

—Hasta ahora, parece que sí.

—¿Este es el planeta azul de Genesium?

—Eso creo, todo lo demás está negro. A lo lejos, se ven otros puntos que supongo son los demás planetas y, por supuesto, está el sol de este sistema microcósmico.

—Pero, no hay estrellas — exclamó, decepcionada.

—No hay estrellas porque este microcosmos está aislado de los demás — explicó el profesor Sol, que acababa de recuperarse.

—Tío, ¿te encuentras bien?

—Sí, sí, perfectamente. ¿No es una maravilla? En este momento somos tan infinitamente pequeños, tan minúsculos, comparados con lo que éramos hace un rato, que no se ha inventado aún el aparato capaz de podernos fotografiar, y eso que ya podemos filmar con mucha perfección y facilidad el átomo y todo su mundo.

—Entonces, ¿los otros átomos que deberían estar junto a éste serían las estrellas?

—Efectivamente, las estrellas serían los núcleos. Como este átomo

está aislado del resto de átomos para poder realizar el experimento, ya no hay estrellas, pero no pensemos en nimiedades. Miremos hacia el planeta que debemos explotar.

—¿Seguro que luego nos podrán regresar a nuestra amada Tierra? — preguntó Hardy Fox, no muy convencido de la respuesta que podía darle.

—¿No hemos llegado ya al microcosmos? Vamos, confía en los hombres de mi laboratorio.

—De acuerdo, profesor, confiaré porque ya no me queda otro remedio. Lo que todavía me cuesta entender y aceptar es que nos encontremos en el microcosmos.

—Conectaremos las telecámaras, y buscaremos un buen lugar para tomar contacto con nuestro objetivo.

—¿Quién iba a decir que un electrón se convirtiera para nosotros en toda la inmensa masa de un planeta?

—Hay muchísimas cosas que aún son misterios insondables para el ser humano terrícola.

Alanda manejó el control de la telecámara, y en la pantalla del salpicadero fue apareciendo lo que había en la superficie del planeta.

Lo primero que llenó sus ojos fue el azul de sus mares; luego, unas áreas desiertas, y verde, mucho verde. "De súbito, quedaron en la cara no iluminada en aquellos momentos, lo que equivalía a decir que habían entrado en la noche del planeta.

—¡Mirad, allí, allí hay zonas iluminadas!—exclamó Alanda, con sincero júbilo.

Nervioso por el descubrimiento, el profesor Sol apartó las manos de Alanda de los diales, con un gesto seco, y fue él quien aproximó las imágenes, aumentando el poder de las lentes de la telecámara.

—Parecen cúpulas colocadas a ras de tierra, y de las que brota luz.

—¿Qué haremos, profesor Sol? Usted es el jefe de la expedición.

—Si es luz artificial, quiere decir que hay vida inteligente.

—¿Cómo puede haber vida inteligente en un electrón?

—masculló Hardy Fox.

—No me preguntes cómo, el caso es que puede haberla. El concepto de la dimensión, el volumen y el peso es relativo. El error de nuestra ciencia consistía en creer que eran datos absolutos. Nos hemos abrazado a las teorías más simples porque las que escapaban a nuestra comprensión, las fantásticas, nos daban miedo y, sin embargo, ahí debajo están confirmadas. ¿Podrás tomar contacto con la superficie del planeta, cerca de esas cúpulas iluminadas?

—Sí se puede, pero será después de dar otra vuelta al planeta para mejor buscar el área de entrada en la atmósfera. No hace falta gastar energía inútilmente dando vuelta atrás, ya que la hemos rebasado y mientras, podemos ver otras zonas del planeta.

—Es increíble lo que se parece a nuestro planeta Tierra — musitó Alanda — . No es que los continentes sean iguales ni existe la misma proporción de tierra y agua, pero, en conjunto, se parece mucho.

—Veremos qué dicen los sensores de la atmósfera de este planeta — rezongó el profesor Sol.

Mientras se obtenían datos aproximativos, la nave siguió orbitando al desconocido planeta, y descubrieron otro grupo de cápsulas iluminadas.

—No cabe duda de que este planeta está habitado —suspiró, con satisfacción, el profesor Sol.

—Me da miedo — se sinceró Alanda.

—¿Miedo, de qué?

—¿Y si son muy distintos a nosotros?

—No importa que sean diferentes, mientras sean inteligentes.

—¿Y qué sucederá cuando nos topemos con esos seres que habitan este electrón, que ellos creen un planeta inmenso, y que para nosotros no es más que algo infinitamente pequeño, que sólo podemos captar gracias a los modernísimos ultramicroscopios atómicos?

—No lo sé, pero hemos de tomar el máximo de experiencias posibles, y pruebas, que luego nos sirvan para proclamar mi descubrimiento. Esta va a ser la aventura más grande de nuestra civilización. El contacto, el enlace entre nuestro medio y el

microcosmos es tan impresionante que no existen palabras para describirlo.

Hardy Fox comprendía la euforia del profesor Sol, aunque no estaba muy seguro de que pudieran regresar vivos para contarlo. Sus ojos se paseaban por la superficie del planeta, y por el cielo sin estrellas, que se veía triste y terriblemente vacío de contenido.

En sus viajes interplanetarios había pensado, en muchas ocasiones, en los siniestros agujeros cósmicos, pero jamás se le había ocurrido pensar en un universo sin estrellas.

Rebasaron la parte sombreada del planeta, y recorrieron la iluminada. Pudieron ver extensos océanos y grandes áreas verdes, de bosques y junglas.

—Es un planeta muy interesante. No parece estar muy habitado, ni cruzado por carreteras — observó Alanda.

—Vamos a entrar en la atmósfera en descenso. Tengo los datos en la computadora para poder tomar contacto cerca de las cúpulas iluminadas — indicó Hardy Fox, poniendo en marcha los motores para romper la órbita.

Instantes después, se introducían, en oblicuo, en la atmósfera, corriendo un ligero riesgo de ser rebotados hacia el exterior; mas como Hardy Fox era un excelente piloto, entraron bien.

Ya dentro de la atmósfera, se hizo dueño de la situación y fue descendiendo, al tiempo que entraban de nuevo en la zona sombreada del planeta, es decir, su noche. De pronto, algo imprevisto apareció en el radar del aparato, cuando no esperaban encontrar nada.

—¡Estamos en peligro! — advirtió Hardy Fox.

—¿Qué ocurre?

—¡Una nube de materia sólida! — exclamó Hardy.

Ya era tarde para tratar de esquivarla; entraban en ella a gran velocidad.

La proa y el resto del fuselaje de la nave golpeó infinidad de cosas que flotaban en la atmósfera y que, debido a ser de noche y a la gran velocidad que llevaban, no pudieron ver lo que era.

—¡Sigue adelante, la nave tiene que aguantar, está compuesta por los mejores y más resistentes materiales!— gritó el profesor Sol.

Pese a todo, la nave tremoló al atravesar aquella nube de objetos flotantes e incluso llegó a subir la temperatura interior, a causa del intensísimo rozamiento.

Hardy Fox observó la aguja de la temperatura, que se introducía peligrosamente en el área roja. El calor comenzó a notarse dentro de la cabina.

—Si tardamos en salir de esta nube, de sólidos flotantes, estallaremos, profesor Sol.

—¿Qué diablos será? — se preguntó el profesor Sol, sintiéndose impotente ante aquel problema insospechado.

No había forma de ver contra qué rozaban ni qué clase de nube era la que estaban atravesando, a alta velocidad. Al fin, la resistencia quedó vencida cuando ya la temperatura ambiental se había hecho insoportable, y la aguja termométrica semejaba haber llegado al límite de la zona roja.

—Alanda, intenta averiguar de qué se compone la nube.

La joven puso en acción la telecámara posterior, y en el monitor aparecieron unos bultos iluminados por la luz de popa, un cañón de luz que enfocó lo que deseaban ver, pese a que se alejaban a gran velocidad de aquella nube.

En pantalla apareció algo monstruoso, algo que horrorizó a Alanda.

—¡Parecen arañas!

—No parecen, lo son — puntualizó el profesor Sol.

Hardy, dando un vistazo a la pantalla, gruñó:

—Parece una araña suspendida en un globo aerostático.

—Y como ésa, las habrá a millones.

—En el planeta Tierra existen este tipo de arañas, pero, comparativamente, son mucho más pequeñas y menos abundantes, y no van en enjambre, formando una nube — explicó el profesor Sol —. Fabrican su globo aerostático con el propio hilo segregado por ellas mismas, y con estos globos se trasladan de un lugar a otro, incluso se

sabe que han cruzado el océano Atlántico.

—Parece mentira, no sabía nada de este tipo de arañas.

—Son arañas-jardín — concretó el profesor Sol —, pero éstas parecen mucho más grandes.

—Atención, atención, profesor, dos naves se nos acercan.

—Serán naves inteligentes — opinó el profesor Sol.

Dos naves surcaron el aire, en dirección contraria.

La nave del profesor Sol llevaba una velocidad muy superior, y las dejaron atrás.

En pantalla aparecieron las dos naves que se alejaban, enfrentándose con la nube de arañas que flotaban en el espacio, con sus aeróstatos viajeros. Las dos naves disparaban chorros de fuego.

—Están combatiendo a las arañas — observó Alanda, que controlaba la situación, gracias a la telecámara.

—Esas aeronaves van provistas de armas ofensivas; será mejor camuflarnos, y esperar a que se haga de día. Podríamos ser atacados por dos pilotos milicianos.

Hardy Fox hizo pereder altura a su nave, mientras se aproximaban a las grandes cúpulas iluminadas. Tras localizar una zona de bosques gracias a los infrarrojos, buscó un claro.

La nave se detuvo y descendió en vertical, posándose suavemente sobre el primer planeta del microcosmos al que arribaba un habitante del planeta Tierra.

CAPÍTULO IV

Gracias a las literas independientes que poseía la Micro-Operation, pudieron pasar la noche descansando.

Hardy Fox dejó conectados los sensores de alarma, por si algo o alguien se aproximaba a la nave. El intruso o intrusos serían detectados de inmediato, y la alarma automática se dispararía, advirtiéndoles de un posible peligro, mas nada ocurrió.

El sol de Genesium apareció lentamente por el horizonte.

El amanecer en el planeta del microcosmos resultó un espectáculo maravilloso; no sólo el naranja, el amarillo, el rojo y el azul, si no más colores formaron como aguas en el cielo. Era un amanecer mucho más bello y espléndido que los que podían contemplarse en el planeta Tierra.

Cuando Alanda abandonó su litera y se dirigió a la cabina de pilotaje, encontró allí a Hardy Fox, llenándose los ojos de aquella maravilla desconocida.

—Buenos días, Hardy.

Él se volvió, la cogió por la barbilla con suavidad y la besó en los labios.

—Es fantástico, ¿verdad? — susurró.

—Sí, muy hermoso, ojalá todo fuera hermoso en este microplaneta.

—Todo no será bonito, basta recordar la nube de arañas que flotaban en el aire, gracias a sus globos aerostáticos. Supongo que calcularán instintivamente la dirección del viento, y entonces se dejarán llevar hacia donde les interese.

—Eran arañas tan grandes como cabezas humanas.

—Sí, arañas extraordinariamente grandes, pero no pienso en ellas, sino en los seres inteligentes que aquí habitan. Ahora ya sabemos que este planeta se halla habitado por seres inteligentes, capaces de construir naves que vuelan. Son naves que no parecen muy avanzadas; me atrevería a suponer que son equivalentes a las aeronaves que teníamos en nuestro planeta en la segunda mitad del siglo veinte, y de eso ya ha pasado mucho tiempo.

—Pero, si siguen evolucionando, llegarán a nuestra técnica, terminarán siendo como nosotros.

—No tiene por qué ser así. Hay civilizaciones que se estancan, tras conseguir grandes avances que luego no continúan. A lo largo de la historia de nuestro propio planeta, tenemos repetidos ejemplos de esto: civilizaciones que prometían mucho como la egipcia, la griega y otras.

—Parece mentira que estemos hablando de este lugar como de un planeta distinto y muy lejano, cuando en realidad esto no es más que el interior de un átomo, metido dentro de un cilindro de aislamiento, que se hallaba en el laboratorio de investigación de mi tío.

—Aseguran que, tomando al ser humano como centro, hay la misma distancia proporcional entre las estrellas y el hombre que entre el hombre y los átomos. No se me había ocurrido pensar jamás lo apasionante que podía resultar el microcosmos, y mucho menos imaginar que tuviera vida biológica y vida inteligente.

—Es que, hasta ahora, el microcosmos estaba tan lejos de nosotros como las estrellas, de las galaxias vecinas a la nuestra. Con nuestros poderosísimos radiotelescopios, detectamos estrellas lejanas, pero no los planetas que giran alrededor de esas mismas estrellas.

—Es cierto, y cuanto más descubrimos, más y más insignificantes nos damos cuenta de que somos.

—¿Cómo va todo?

Se volvieron, el profesor Sol estaba casi junto a ellos, ellos.

Al otro lado de las lentillas, sus ojos verdes fosforescentes semejaban cansados. Para el profesor Sol, dormir no era nada fácil, debido a la sujeción que daba seguridad a la base de su cuello.

—Nadie se ha acercado a nuestra nave, por la noche —dijo Hardy Fox.

—¿Seguro que nadie?

—Los sensores no han detectado nada.

—Eso querrá decir que en este lugar no hemos sido localizados.

—Seguro que no nos han localizado — asintió Alanda.— ¿Qué haremos ahora?

El profesor Soy inquirió:

—¿A qué distancia nos encontramos de nuestro objetivo? Me refiero a las cúpulas luminosas que detectamos.

—Tres millas — concretó Hardy Fox.

—Tres millas por bosques, a pie, no es mucho para un hombre joven y sano; para mí podría significar una tortura.

—Podemos acercarnos con la nave — propuso Alanda.

—No, no por el momento — cortó el profesor.— Si no nos han detectado aún aquí donde estamos, es mejor seguir así. Ignoramos qué clase de seres son y, si nos toman por enemigos, pueden atacarnos.

—Llevamos algunas armas, ¿no? — preguntó Hardy Fox.

—Sí, armas cortas y dos fusibles polivalentes, no es mucho. Esta no es una nave de combate, si no de exploración.

—Si no desea que nos acerquemos, ¿qué se propone hacer, profesor Sol? — preguntó Hardy Fox.

—Podrías salir tú a dar una ojeada. Un hombre solo puede pasar más inadvertido y espiar al mismo tiempo.

—Vamos, que me está pidiendo que salga de la nave y empiece a andar, ¿no? — rezongó Hardy Fox.

—Eres muy directo.

—Profesor Sol — objetó Alanda, que solía dar a su tío el tratamiento que todos le daban, en lugar de hablarle con más familiaridad —. Hardy puede correr peligro.

—Escogimos a un hombre sano, joven y perfecto, un hombre capaz de caminar mucho, de resistir dolores, esfuerzos, sed, hambre, un

hombre que puede correr y luchar, si hace falta.

—¿Me ha traído aquí para que corra todos los riesgos?

—Hardy Fox, yo no estoy todo lo sano y joven que desearía; en cambio, tú has sido elegido por luchador, por tu voluntad de supervivir. Indudablemente, habrá que correr algunos riesgos, pero estaremos en todo momento en contacto contigo.

—Yo sería partidario de acercarnos con la nave y, a través de la potente megafonía que llevamos a bordo, vocear que somos gente de paz, que sólo deseamos la amistad de quiénes vivan aquí.

—Si no entienden nuestro idioma, y lo toman como una declaración de guerra, podemos sufrir un ataque masivo — objetó el profesor Sol.

—De acuerdo, saldré a investigar. Si no le importa, desayunaré primero y que Alanda compruebe, una vez más, todas las constantes físicas y químicas de este lugar, no sea cosa que al salir al exterior, y llevar un rato andando, me dé un espasmo o un colapso cardíaco.

—Yo mismo comprobaré los datos — dijo el profesor Sol. Mirando a su sobrina, le pidió: — ¿Puedes preparar el desayuno?

—Sí, en seguida.

—Mientras, vigilaremos que no se acerque nadie. El lugar parece muy solitario, pero si nos hallamos cerca de una colonia o metrópoli de seres inteligentes, en cualquier momento podemos ser descubiertos.

Alanda se preocupó de disponer un sabroso y abundante desayuno. Sabía ya cómo comía Hardy Fox, no en vano había convivido con él cinco días, en el área residencial del ocio.

Hardy Fox no dijo nada durante el desayuno; después, se enfrentó con el profesor Sol y puntualizó

—Iré armado, no sé qué clase de seres me van a salir por delante, ni las intenciones que tendrán. Llevaré conmigo el microintercomunicador de televisión para que en todo momento sepan dónde estoy y lo que me ocurre.

—Estaremos atentos.

—Espero que no me dejen en la estacada, profesor Sol.

—Por favor, Hardy, eso no lo haríamos jamás — replicó la joven, molesta.

—Está bien, confiaré en que en todo momento, aunque no lo parezca, no estaré solo.

—Sin embargo, no vayas a pensar que, si eres atacado por un ejército, podremos sacarte del pleito — advirtió con un deje irónico el profesor Sol, añadiendo —: No hemos venido en plan de conquistadores, sino a explorar, a comprobar si existía realmente un microcosmos similar al macrocosmos, pero en dimensiones reducidas.

—De todos modos, si me veo en algún apuro serio, sé que buscará la forma de sacarme del lío. Usted me ha metido en todo esto, y yo aún no puedo comprender que sea el mismo Hardy Fox que era en el planeta Tierra, pero en versión micro.

—Si hay seres vivos, serán proporcionalmente iguales a nosotros. Pueden fallar las intuiciones, pero si algo no falla, y a Einstein me remito, son los cálculos matemáticos.

—Sí, supongo que no ha errado en sus cálculos, pero veremos cómo ha evolucionado la vida en este lugar, y qué seres han adquirido hegemonía sobre los demás, sea por la causa que fuere. Si un insecto se reproduce masivamente, y no se puede atajar su eclosión reproductiva, es decir, el aumento geométrico de la población, ellos terminarán por adueñarse de todo. Vencerán a sus enemigos, sean cuales fueren.

—Eso es una verdad sólo en principio, Hardy Fox, sólo en principio — objetó el profesor—. Cualquier especie superior o inferior, si se multiplica en proporción geométrica, invadiéndolo todo, lo único que consigue es avanzar progresivamente hacia su autodestrucción. Recuerda que hace tres siglos, según consta en las videotecas, nuestra civilización terrícola estuvo a punto de desaparecer, por un exceso de población; pero, se produjo una pandemia de un virus desconocido e incontrolable, que no sólo diezmó la población del planeta Tierra, sino que la redujo casi a una centésima parte. Fue el período más mortífero conocido por nuestra civilización. Sólo quedaron los que lograron resistir al virus y se hicieron fuertes; a partir de ahí, se controló estrictamente la población humana.

—Lo sé perfectamente.

—De lo que quizá no te hayas enterado en las videotecas es que la pandemia vírica fue provocada de común acuerdo por quienes en aquel entonces detentaban el poder. Naturalmente, ellos fueron los primeros en vacunarse, dejando a los demás en la ignorancia de que existiera ninguna vacuna.

—Eso que cuentas es horrible — musitó Alanda, impresionada.

—Sí, es horrible, pero la decisión se tomó, y el equilibrio demográfico retornó a nuestro planeta, sin necesidad de una guerra que destruyera instalaciones, edificios, cultura, arte. Sólo murieron seres, seres y más seres. Es horrible, pero, desgraciadamente, siempre será así, lo mismo en los insectos que en los seres humanos. Cuando la reproducción es masiva, no hay espacio ni alimentos para todos. Es una norma válida para todas las especies, pero no creáis que sólo para los seres humanos o los insectos. Algo similar ocurrió, hace siglos, con los elefantes. Se crearon unos santuarios de caza, se prohibió su matanza, se les protegió porque se creyó que se corría el riesgo de exterminar la especie, y lo que sucedió fue fatídico. Los elefantes se multiplicaron y comenzaron a devorar toda clase de plantas y las hojas de los árboles, de tal forma que las sabanas quedaron limpias de alimentos para los elefantes, que eran demasiados a comer para lo que la tierra daba dé sí. Comenzaron a morir de hambre, y no sólo ellos, sino otras especies de animales, que comían los mismos vegetales. Cuando las autoridades de su tiempo se percataron de que, a través de la protección, se había llegado al desastre, iniciaron el control demográfico, matando a un buen número de ejemplares.

—Bien, profesor, ya nos ha contado las excelencias del control demográfico, a base de eliminar seres; lo que no me ha dicho es quién tiene la capacidad de decidir cuáles son los que deben de morir y los que han de vivir.

—Esa decisión, mi querido Hardy Fox, la tomarán siempre los poderosos, no importa que lo hagan bien o mal, no importa si son justos o injustos. De lo que sí puedes estar seguro es de que lo decidirán los que manden. Muchos de los hechos históricos de nuestra civilización, considerados como gestas heroicas, donde han muerto muchos hombres, sólo han servido para que unos pocos se enriquecieran más y adquirieran mayor poder, pero sólo esos pocos, y no los que guerreaban por ellos, que no eran más que carne de cañón.

—Esa historia ya me la conozco, y ahora mismo me siento carne de cañón, profesor Sol. Usted se queda aquí, protegido por este cascarón, y me pide a mí que vaya a dar la cara, a ver si me la rompen a tiros o

a pedradas y, si no ocurre así, saldrá usted a ofrecer su amistad.

—Eres un cínico, muchacho, pero no te lo reprocho.

—De cínico a cínico, no me voy a quedar aquí. Después de todo, me ha escogido bien como acompañante; no soy de los que se quedan sentados en un rincón, lamentándose. Me gusta actuar, de modo que saldré e iré armado.

—No dispares, salvo que sea absolutamente necesario.

—Descuide, no tiraré a matar hasta que ellos no me hayan matado a mí...

Se calzó con buenas botas, y se ajustó un cinturón de seguridad, en el que iba adherido el intercomunicador a televisión, una pistola polivalente, una pequeña, pero potentísima linterna, alimentada con una diminuta pila atómica, y un cuchillo de hoja grande, por si tenía que abrirse paso entre la vegetación.

Del hombro llevaba colgado un fusil polivalente, con el que lo mismo podía disparar rayos láser incinerantes o dardos superultrasónicos que hacer añicos un bloque de granito.

—Si no vuelvo, que por lo menos ustedes puedan regresar — le dijo Hardy Fox al profesor Sol, tendiéndole la diestra para tener con él un estrechón de manos amistoso, sin rencor alguno.

—No me equivoqué contigo, muchacho. Te enfrentas a los peligros, a lo desconocido, con espíritu deportivo.

— No nos iremos sin ti, Hardy — le dijo Alanda, emocionada, abrazándole con fuerza como si quisiera impedir, con su gesto, que Hardy Fox abandonara la nave para alejarse de ella y enfrentarse con peligros desconocidos, peligros que quizá no habían llegado a imaginar siquiera.

—No tengas miedo, Alanda, no tengo vocación de suicida, volveré.

Abandonó la nave, y echó a andar en la dirección que sabía se encontraban las cúpulas que durante la noche vieran iluminadas.

Salió del claro del bosque en que se había posado la nave «Micro-Operation», aquel bosque que, con su abundante follaje, debía de ocultarse a los ojos de los aborígenes del lugar.

Lo perdieron de vista a través del parabrisas de la nave, y Alanda se apresuró a conectar el intercomunicacador. En pantalla no apareció Hardy Fox, sino lo que iba captando la diminuta telecámara del intercomunicador que el joven llevaba en el cinturón, es decir, enfocaba el camino por el que el hombre avanzaba.

El bosque era espeso, una especie de robledal, aunque Hardy Fox no estaba seguro de que aquella especie arbórea fuera exactamente robles, porque aunque las hojas lo parecieran, las cortezas de los troncos resultaban de un color demasiado claro para ser robles.

Nadie parecía haberse preocupado de podar y limpiar el bosque, ni siquiera había caminos o senderos para caminar; Hardy Fox los buscaba en vano.

Mientras, Alanda, inquieta por lo que pudiera sucederle al hombre, aumentó la potencia de la telecámara que el propio Hardy Fox portaba consigo, formando parte del intercomunicador. Así, descubrió el final del bosque.

—¡Profesor, profesor!—exclamó.

—¿Qué pasa?

—¡Mira, mira!—Y señaló la pantalla.

—¡Por todos los soles del cosmos! — rugió, sorprendido, el profesor Sol, observando atentamente lo que aparecía en pantalla.

—¡Son hormigas!

—Sí, hormigas, un formidable ejército de hormigas —admitió el profesor, añadiendo —: Y son de gran tamaño, con el volumen y el peso equivalente a una rata de nuestro planeta.

—¡Hardy camina hacia su muerte!

—Sí, hay que avisarle o será devorado por ese ejército de hormigas, que está detenido ahí. Pulsó una tecla del salpicadero de mando. —Atención, atención, Hardy Fox... ¿Escuchas?

—Sí, escucho. ¿Ocurre algo?

—No sigas adelante.

—¿Qué pasa?

—Al final del bosque, por el camino que sigues, hay un ejército de hormigas gigantes. Si te localizan, estás perdido. Son grandes como ratas de nuestro sistema. Ignoro la velocidad que pueden desarrollar, si empiezan a correr, pero es posible que mucha, de modo que es preferible que cambies de dirección.

—Así lo haré. Iré hacia el sur del planeta, dando un gran rodeo por el bosque; si observan más peligros, avísenme.

—Estaremos atentos — le dijo Alanda.

Para evitar toparse con las hormigas, que se hallaban al borde del bosque, anduvo cuatro millas hacia el sur, y luego giró hacia el oeste.

Vio ante sí un área rocosa, y se detuvo para preguntar :

—¿Me escuchan? Soy Hardy Fox.

—Te oímos.

—¿Ven algo ahora?

—No, no hay peligro, el ejército de hormigas gigantes queda más al norte; estás como a milla y media del extremo sur de ese ejército de hormigas.

—Entonces, seguiré adelanté. El rodeo ha valido la pena.

Hardy Fox continuó su avance. Era un hombre fuerte, de rápida zancada, por lo que anduvo entre las rocas, siempre atento a cualquier peligro que pudiera presentársele.

Su cabeza se hallaba protegida con un casco que, al tiempo que le resguardaba de los rayos solares, lo preservaba de un posible golpe o del disparo de un arma de fuego.

—¿Cómo ven mi frente? — preguntó Hardy Fox, sabiendo que en la pantalla de T.T.V. incrustada en el salpicadero de la nave podían ver mucho más lejos que él mismo.

—Vas bien, Hardy Fox, vas bien, no hay nada delante de ti.

Media hora más tarde, sin hacer pausas para descansar, pudo observar por sí mismo las cúpulas de cristal que aislaban del mundo exterior a los que se ocultaban dentro de ellas. Eran como gigantescas burbujas que brotaban de la tierra misma, pero que no terminaban de alzarse en el aire. Todo en derredor estaba yermo, no crecía planta

alguna, y Hardy Fox se preguntó por qué.

—¿Ven la puerta de las cúpulas? — preguntó a Alanda y al profesor Sol.

—No, no vemos nada, tendrás que acercarte más. Ha de haber alguna entrada, aunque, a simple vista, esas cúpulas de cristal parecen totalmente cerradas — le respondió el profesor Sol.

—Está bien, seguiré buscando.

Se detuvo para hinchar sus pulmones con el aire de aquel microplaneta que para Hardy Fox era ahora tan grande como si se tratara de la propia Tierra.

El calor de la estrella de Genesium era muy fuerte y, de no ser por la filtración atmosférica, posiblemente sus radiaciones habrían sido mortales.

Se preguntó qué habría detrás de aquellas cúpulas que dejaban pasar la luz, sin permitir ver su interior. Decidió acercarse hasta tocar el cristal con sus propias manos.

Estaba aproximadamente a un centenar de pasos de una de aquellas burbujas gigantes de cristal cuando, inesperadamente, el suelo cedió bajo sus pies.

Trató de saltar hacia un lado, más la plataforma que cedía era demasiado ancha para escapar a la trampa, indudablemente, se trataba de una trampa.

El descenso de la plataforma fue muy brusco, y no pudo evitar caer rodando sobre sí mismo, por una rampa que le pareció metálica. Al fin, metido en la oscuridad, se golpeó contra una pared también metálica.

Cuando quiso ponerse en pie, comprobó que se hallaba dentro de una especie de caja de acero, cerrada por sus seis caras, y debía circular sobre unos carriles porque notó que se movía ostensiblemente a través de un túnel. Le estaban trasladando a alguna parte.

—¡Atención, atención, profesor Sol! ¿Pueden oírme?

Repitió la llamada, y todo fue inútil. Se hallaba en el subsuelo y, además, metido en una caja metálica, que le aislaba totalmente, impidiendo el paso de cualquier clase de ondas de telecomunicación.

El rumor del rozamiento de la caja que, sin duda, era conducida por una galería subterránea, resultaba muy fuerte, casi obsesivo para Hardy Fox, que estaba dentro de ella. Gracias al casco protector, podía resistirlo.

Al fin, la caja se detuvo. Hardy Fox había encendido su linterna, y buscó alguna posible puerta de la caja. No la descubrió, por lo que tomó la decisión de abrirse una salida. No deseaba sentirse como un animal atrapado en un cepo.

Pegó la espalda a una de las paredes de la jaula metálica de chapa sin rejas, y apuntó con su fusil en la posición de disparo láser incinerante, haciendo fuego sostenido contra la pared opuesta.

El rayo lumínico, de diámetro no mayor que un dedo, dio de lleno contra la chapa de acero, que se puso incandescente.

Quedó cortada, y Hardy continuó así, como si fuera una cizalla, abriéndose una puerta oval hasta que, viendo que ya la tenía, le dio una patada, haciendo saltar la chapa, mientras ya comenzaba a asfixiarse de calor.

La chapa cayó al suelo, produciendo un gran ruido. Hardy Fox saltó sobre ella y se encontró en una amplia sala, rodeado por una docena de hombres armados, que le encañonaban.

Era un momento tenso, difícil.

Ellos le apuntaban con sus respectivas armas, y Hardy Fox les encañonaba a su vez con el fusil polivalente. Era obvio que el arma de Hardy Fox poseía más poder, pero ellos eran más, muchos más, y si todos disparaban a un tiempo, aunque Hardy Fox exterminase a media docena de aquellos milicianos, por lo menos dos o tres de ellos conseguirían tocarle a él mortíferamente.

—¡Vengo en son de paz, vengo en son de paz, no quiero pelea, no quiero pelea, soy amigo! — gritó.

En un gesto elocuente de amistad, desvió el cañón de su fusil hacia lo alto, aunque no quitó el dedo del gatillo, por si no le entendían.

Los milicianos siguieron quietos y callados, mirándole a través de unas mirillas que les protegían los ojos. Vestían un combinado de rojo y plata, y los cascos eran plateados.

De pronto, un miliciano que Hardy Fox identificó de inmediato

como mujer, por sus formas, se abrió paso entre los demás, enfrentándose al recién llegado.

—¿Quién eres?

Hardy Fox suspiró.

—Menos mal que habláis mi idioma.

—Nuestro idioma, dirás — le corrigió ella en la misma lengua que se hablaba en el planeta Tierra, aunque con un acento muy especial, un acento que resultaba algo duro y metálico, pese a brotar de labios de una mujer hermosa.

—Soy un terrícola — dijo, por la fuerza de la costumbre de viajar por el espacio.

—¿Terrícola, qué significa eso? — inquirió ella, sin que los milicianos dejaran de encañonar a Hardy Fox, un ser que había sido capaz de agujerear la caja de chapa de acero que ellos creían lo suficientemente sólida como para que nadie que estuviera en ella lograra escapar.

—Procedo del planeta Tierra. Supongo que es un planeta desconocido para vosotros, pero es un planeta amigo.

—¿Cómo has venido, terrícola?

—Soy terrícola, pero mi nombre es Hardy Fox, y me gustaría también preguntar a mí.

—Tú eres el prisionero.

—Ni lo sueñes, preciosa, yo no soy prisionero de nadie. Me he acercado a vosotros en son de paz. He tenido que evitar al ejército de hormigas, y me las tuve que ver con las arañas aerostáticas. A esos bichos sí los considero enemigos, no a vosotros.

—Tú eres nuestro prisionero — insistió la oficial miliciana, machacona.

—No quiero pelea, pero, por si acaso, deseo demostrarte que tengo más poder que vosotros.

—¿Más poder? ¿Has visto cuántos te rodean? Tú estás solo, y llevas un fusil.

—Un fusil más potente que vuestras armas, y os lo voy a demostrar.

—Si disparas, serás muerto — le advirtió la bella miliciana.

—No dispararé contra vosotros. Dile a tus secuaces, que no teman, pero que si no les basta lo que he hecho con la chapa de acero, que miren la pared.

Puso el resorte de disparo en onda ultrasónica, y se produjo un rumor ensordecedor. Las piedras del muro se convirtieron en polvo, mientras se abría un boquete como el inicio de una galería.

Todos quedaron asombrados ante el efecto del super-ultrasónico que, indudablemente, desconocían.

La oficial miliciana parpadeó y, tras ver la roca granítica reducida a polvo, el agujero en la pared y unas grietas que iban en distintas direcciones, preguntó, menos dura:

—¿Es cierto que has venido en son de paz?

—Sí.

—Entonces, entrega tu arma y sígueme.

—No.

—¿No quieres seguirme?

—Lo que no voy a hacer es soltar mi arma; sin ella me siento como desnudo. Puedo darte mi palabra de terrícola, si es que te sirve de algo, de que no la emplearé contra vosotros, y te advierto que teniendo mis armas conmigo, no hay jaula ni celda que pueda encerrarme; me abriría una salida inmediatamente.

—Está bien, sígueme—admitió ella, comprendiendo que no lograría convencer a Hardy Fox para que se desarmase.

Dos milicianos se colocaron delante de la comitiva, y el resto detrás. Cierto era que teniéndolos a la espalda podían dispararle y asesinarle, sin que él lograra impedirlo, mas estimó que la oficial miliciana no deseaba que le mataran.

Se había convertido en un visitante tan desconocido como interesante que, además, poseía un arma de gran poder, ignorado por ellos.

A través de unas galerías iluminadas y subterráneas, con agujeros de ventilación, le condujeron a una sala. La oficial miliciana le pidió:

—Aguarda aquí.

Los milicianos montaron guardia en las puertas, y su jefe desapareció por una de ellas. Tardó un rato en reaparecer, y lo hizo al lado de tres oficiales más, todas ellas femeninas. Parecían de alta graduación, a juzgar por las estrellas que llevaban en sus mangas.

—¿Dices que eres un terrícola? — preguntó, la mayor de ellas.

—Sí.

—No hemos oído hablar jamás de los terrícolas.

Hardy Fox comprendió que era demasiado complicado explicarles que ellas también estaban en la Tierra, metidas dentro de una cápsula cilíndrica, donde se hallaba aislado un átomo de Genesium, un diminuto átomo, que constituía el sistema solar que ellas creían grandioso, y que en realidad no era más que un microcosmos.

Sí, era demasiado complicado explicarles que él mismo, en su estado físico y biológico normal, era tan enorme que un solo gramo de su materia física contenía trillones de átomos. Tenía que decirles algo más comprensible para ellas, sin que tampoco fuera un embuste.

—La Tierra es un planeta que gira alrededor de una estrella llamada Sol. Nosotros supimos de vuestro sistema estelar, y le llamamos Genesium. Vuestro planeta azul tiene las mismas constantes físicas que el nuestro.

—¿Venís de un planeta lejano? —preguntó la oficial, que tendría la categoría de general o algo por el estilo.

—Digamos que sí.

—Es muy extraño. Hace algún tiempo, las estrellas de nuestro firmamento desaparecieron. ¿Qué sabes de ello, terrícola?

Hardy Fox sabía mucho de aquella desaparición; sabía que el profesor Sol había aislado el átomo de Genesium del resto de átomos, y ese resto constituía para aquellos seres un firmamento plagado de estrellas que el profesor Sol, sin percatarse bien de lo que hacía, había robado.

Les había dado un cielo negro y sin estrellas, al aislarlos, y eso también resultaba difícilmente explicable; no podía decirles que un sabio investigador terrícola les había separado de lo que constituía su universo.

—Sé que esas estrellas algún día volverán a su lugar, es lo único que puedo decir, por el momento.

—¿Tú venías en la nave que ayer noche atravesó el enjambre de las arañas volantes?

—Sí. No sabíamos de qué se trataba, y vimos que dos aeronaves las atacaban. Nosotros proseguimos nuestra ruta.

—Las arañas voladoras son nuestras enemigas — puntualizó una de las oficiales.

—¿Y las hormigas que están cerca de vuestra ciudad?

—También. Ellas son más peligrosas porque abren túneles subterráneos para tratar de llegar hasta nosotros. Tenemos sensores que detectan cualquier bache de galería, y hemos instalado un sistema de defensa, a base de minas automáticas que estallan y sepultan a las 'hormigas, destruyendo los túneles que hacen para llegar hasta nosotros.

Hardy Fox entendió que hablaban de un buen sistema defensivo en contra de sus enemigos, los insectos y arácnidos, pero quizá aquellos sistemas defensivos no fueran tan completos como querían dar a entender, y por ello desconfiaban de cualquier posible intruso como Hardy Fox.

—Me da la impresión de que están ustedes sitiados, y de que son muy inferiores en número al ejército sitiador, es decir, a las hormigas.

—Sí, somos inferiores en número. Nuestro sistema de reproducción no es como el de ellas o el de los arácnidos, pero poseemos armas y con ellas las destruimos.

Hardy Fox se dijo que si de verdad pudieran atacar abiertamente a las hormigas y arácnidos, con grandes posibilidades de hacerlo, la guerra ya habría comenzado. Prefirió callarse y no decir lo que pensaba de aquella situación.

—De todos modos, quiero que entiendan que soy amigo, y que los insectos y las arañas son mis enemigos. Si puedo ayudarles en algo, lo

haré, pero no debo ser atacado o me veré obligado a defenderme — advirtió, dando a entendér que no dudaría en emplear sus armas, obviamente superiores a las que usaba aquella civilización del microcosmos.

La mujer miró a Hardy con ojos escrutadores y puntualizó:

—Terrícola, serás considerado nuestro huésped y amigo; nada debes temer de nosotros.

—Entonces, ¿puedo salir al exterior?

—No, no se puede salir. Estamos sitiados, y las cúpulas de cristal nos defienden contra los invasores.

—No voy a quedarme aquí quieto para siempre — advirtió Hardy Fox.

—Aguarda a que nuestro consejo real te reciba. Yo no tengo potestad para decidir nada respecto a ti, terrícola. Serás tratado como mereces.

A partir de aquel instante, la oficial dio unas órdenes concretas y Hardy Fox, sin abandonar sus armas, se dejó conducir a través de túneles, siempre bajo tierra.

CAPÍTULO V

—Hardy no da señales de vida — observó, nerviosa, Alanda a su tío, el profesor Sol.

—Debemos esperar.

—¿A qué?

—No lo sé, el intercomunicador puede haber sufrido una avería o quizá se haya introducido en una gruta, y las ondas no puedan llegar

hasta nosotros.

—No podemos dejar que muera.

—No debes perder el control de tus nervios, Alanda. Si Hardy Fox hubiera muerto ya, no podríamos hacer nada por él, y de nada serviría desesperarse.

—Hablas de una forma tan fría que me da miedo.

—Creí que estabas capacitada para enfrentarte a situaciones difíciles, y va a resultar que no, que sólo eres una chica que se deja llevar por el histerismo.

—¡No soy ninguna histérica! Se trata de la vida de Hardy Fox, nuestro compañero de viaje.

—Es un hombre joven y fuerte, preparado para la lucha; hemos de dejarle un margen de confianza para que, si se ha metido en un aprieto pueda salir de él. No es ningún niño, ni creo que se le pueda sorprender con facilidad.

—Entonces, ¿por qué no podemos ponernos en contacto con él?

—Lo ignoro. Según se desprende de las últimas imágenes que recibimos, es como si hubiera caído al interior de una gruta.

—Puede estar necesitando nuestra ayuda.

—Es posible, pero debemos dejar pasar el tiempo.

—¿Y si lo han atacado las hormigas gigantes?

—El intercomunicador nos habría dado imágenes del suceso.

—Tienes respuesta para todo, ¿verdad?

—Alanda, no hagas que me arrepienta de haberte escogido para el viaje.

—Todavía no sé por qué me has escogido.

. —Algún día te lo contaré.

—¿Algún día? Creo que tengo derecho a saberlo.

—Yo soy quien decide a lo que tienes derecho y a lo que no.

—¡Eres un déspota!

A la garganta de Alanda se agolparon palabras de protesta que no dejó escapar entre sus dientes. Odió a su tío como nunca había pensado que podía llegar a odiar a nadie, pero no podía enfrentársele abiertamente porque su tío era quien controlaba aquella fantástica expedición al microcosmos y, sin su ayuda, jamás regresaran al mundo al que pertenecían.

Mientras, Hardy Fox se encontró en una amplia estancia, que tenía un sofá muy acogedor y una cama. En las paredes, cuadros luminosos representaban distintos paisajes que desde allí no podían contemplarse, ya que la estancia carecía de ventanas.

Todo se veía muy pulcro y confortable, pero era como si estuviera metido en un submarino de grandes profundidades.

Acostumbrado a viajar en naves a través de los espacios siderales, no tuvo sensación de claustrofobia. Después de todo, la estancia en la que le habían recluido no tenía ningún parecido con una celda. La puerta se abría fácilmente y en caso de no poder, la habría fundido con su fusil polivalente. Teniendo el arma cerca estaba seguro de no quedar atrapado.

Lo que le molestaba era no poder comunicarse con Alanda y el profesor Sol, por el momento.

Los seres inteligentes del planeta azul de Genesium, acosados y sitiados como estaban por ejércitos de hormigas y arañas voladoras, parecían hallarse en la agonía de su civilización y, si las hormigas decidían un ataque masivo, exterminarían todo rastro de vida inteligente, ya que las hormigas no eran inteligentes en sí mismas, individualmente, si no que lo eran en conjunto. Agrupadas, formaban un cerebro completo.

Aquella comunidad, que para protegerse vivía en el subsuelo del planeta, podía ser muy pequeña o muy grande; Hardy Fox no tenía posibilidades, por el momento de conocer su número y hasta era posible que el enemigo, es decir, hormigas y arañas también lo ignoraran y por ello vacilaran antes de decidirse a un ataque masivo, un ataque que sin duda alguna les daría la victoria sobre los humanos del planeta azul de Genesium.

Después, hormigas y arañas, tras ser aliadas frente al enemigo común, pelearían entre sí para ver cuál de las dos especies se convertía en dueña del planeta.

Se abrió la puerta, y por ella aparecieron varias mujeres a cual más bella y atractiva. Cabellos rubios, negros, azules, verdes y rojos... Eran hembras hermosísimas y sensuales y cada una de ellas portaba en sus manos bandejas de oro conteniendo manjares, algunos de ellos desconocidos para Hardy Fox, otros ya le parecía conocerlos. Frutas, carnes y pescados, había de todo y con una presentación realmente exquisita y apetitosa.

—No tengo hambre — dijo, receloso.

Ellas le sonrieron mientras colocaban las bandejas con los manjares sobre una amplia mesa que había en la estancia. A juzgar por aquellas bandejas repletas de ricos alimentos y también de bebidas y viendo las carnes redondeadas de las mujeres, podía opinarse que no pasaban hambre precisamente, por lo que dedujo que debían tener algún túnel que conducía a alguna salida al exterior, salida que él debía encontrar.

—¿Quién es la jefe?

Ninguna respondió; todas le sonreían, obsequiosas, y Hardy Fox se preguntó en voz alta:

—¿Es que aquí sólo hay mujeres?

De golpe recordó que los milicianos que le habían esperado al salir de la jaula de chapa de acero con sus armas, no eran mujeres si no hombres, aunque no había llegado a hablar con ninguno de ellos.

Los aromas de los alimentos comenzaron a penetrar por su olfato, excitando sus jugos gástricos. Tenía hambre, no cabía duda.

Habían pasado demasiadas horas desde que tomara el desayuno preparado por Alanda y había caminado mucho; era lógico que tuviera hambre y, al parecer, aquellas chicas estaban ansiosas por agradarle. De lo contrario, no le habrían servido unas fuentes tan opíparas.

—¿Cuándo podré ver a vuestros jefes? — preguntó, encarado con tres de las jóvenes que se habían quedado allí para atenderle en lo que pudiera necesitar.

—Sólo cumplimos órdenes, no sabemos nada. Debemos satisfacer tus deseos hasta que llegi3rt‘l momento de pasar al parlamento real.

—¿Cuánta gente compone el parlamento real? —preguntó, deseoso

de enterarse de algo.

—Veinticinco miembros — le respondió una de las bellas que estaban allí para servirle en cuanto pudiera pedir.

Más Hardy Fox desconfiaba. Se hallaba ante unos humanos inteligentes, hermosos y totalmente iguales de aspecto a los seres de la Tierra, incluso en su idioma, lo que equivalía a decir que el proceso evolutivo había sido paralelo, con la única diferencia de que unos pertenecían al microcosmos y los terrícolas, al macrocosmos, una diferencia tan grande, por otra parte, que él no podía explicarla porque no le entenderían y aún comprendiéndolo, se negarían a aceptar como posible algo tan fantástico.

Se acercó a las bandejas y sin soltar el fusil que llevaba colgado del hombro, con una correa, comenzó a tomar con los dedos algunos alimentos que elegía al azar, una especie de camarones ya pelados y recubiertos con una salsa que sabía a licor seco y ácido.

Cogió también unas pastitas que le supieron muy dulces y unos medallones de carne aderezados con otra salsa con aspecto de mermelada y que parecía de tomates dulces sazonados con especias desconocidas para Hardy Fox.

El caso era que los alimentos tan variados y de sabores tan puros habían desaparecido de la faz del planeta Tierra hacía ya siglos, desde que las grandes empresas se habían apoderado de todo, convirtiéndose en una civilización cibernetocrática. Todo se producía en razón del mínimo costo de producción, la máxima venta y el máximo beneficio.

Sólo se podía encontrar algún sabor auténtico yendo a las zonas más salvajes y tomando de los propios árboles las frutas maduras o cazando a los animales uno mismo, desollándolos y asándolos. Sólo de esta forma se conseguían sabores auténticos que ya los terrícolas habían olvidado incluso, pero buscar alimentos salvajes estaba rigurosamente prohibido por el gobierno de las empresas que aseguraban que se corría mucho riesgo a tomar alimentos no controlados y que de ahí podían partir las epidemias, o que estaba muy lejos de ser la verdad, pero de esta forma se obligaba a consumir lo que las empresas producían y lo demás era meterse en el mundo de la ilegalidad.

Ante aquellos sabores tan limpios, apetitosos, hasta podía decirse que afrodisíacos, por lo excitantes, Hardy Fox no pudo resistir y sin

sentarse frente a ninguna de las bandejas, fue comiendo de una y otra, según los alimentos llamaban su atención por su color u olor.

Sus dedos iban de una bandeja a otra, complaciéndose al tener entre sus dientes un medallón de carne o de pescado.

. Dos de las chicas se apresuraron a llenarle copas de finísimo cristal con distintas bebidas para que eligiera la que más deseara, y Hardy Fox, ante tanta provocación, cedió, ya que pensó que las bellas mujeres sólo pretendían ser atentas con él, un extraño llegado de algún lugar remoto y desconocido.

Probó primero una de las copas y le supo cómo a zumo de uva. La otra parecía cerveza, pero mucho más fuerte de sabor. Probó una tercera copa y bebió un líquido muy frío, que picaba al paladar, pese a que no contenía gas carbónico. Era una bebida totalmente desconocida a la vez que agradable.

—Creo que debía haberme sentado para hacer honor a toda esta comida, es una descortesía hacerle ascos. A un aventurero como yo no se le presentan muchas oportunidades de tomar una comida tan suculenta como ésta — comentó en voz alta. Al final de sus palabras, bostezó.. —Parece que tengo algo de sueño…

Los ojos empezaron a cerrársele y tuvo la impresión de que sus párpados se habían convertido en paneles de plomo que no podía levantar.

—¿Qué me pasa? No me habréis drogado, ¿eh?

Vaciló, empezaba a tener dificultades para sostenerse.

Las chicas seguían mirándole, muy sonrientes, sin apartarse de él. No parecían temer una reacción violenta por parte del extranjero.

—¿Qué me habéis hecho, brujas?

Las encañonó con su fusil, mas ellas no le temieron.

Hardy Fox las vio ondulantes, provocativas y sensuales avanzando hacia él y en vez de dispararles con su arma, fue retrocediendo.

—Sólo falta que terminéis esto en una orgía… Brujas, más que brujas, os liquidaré a todas.

Sus pantorrillas tropezaron con el borde de la cama y cayó sentado

en ella mientras las chicas llegaban hasta él.

Sin violencia, acariciadoras, le pasaron sus manos por la cara, por el cuerpo y los brazos, y le fueron despojando del fusil y el cinturón de supervivencia.

—¡Dejadme, dejadme!—pedía Hardy Fox. Su voz se había puesto estropajosa como si estuviera ebrio.

En los últimos restos de conciencia que le quedaban comprendió que estaba perdido, que había caído en manos de aquellas mujeres sin darse cuenta.

Ellas habían empleado las armas de los sentidos, unas armas que, a lo largo de la historia siempre o casi siempre habían dado resultado.

Desarmado y vencido sobre la cama, ya no supo si estaba despierto o soñando. Tuvo la impresión de que todo a su alrededor cambiaba de colores. Lo veía todo azul, verde, amarillo, naranja y rojo... Pasaba por tases de visión monocolor de gran intensidad, colores vivísimos que excitaban las neuronas de su cerebro, mientras en torno suyo se movían aquellas mujeres sensuales y bellísimas, de redondeces muy pronunciadas que danzaban o retozaban.

Aquello podía ser como el sueño celestial de un árabe que se creía ante las huríes de su paraíso.

Las mujeres ya no se cubrían con ropas, su piel desnuda era brillante y sedosa al tacto. Hardy Fox se vio envuelto por brazos y manos que lo provocaban.

Rodeó a una de las mujeres y la tendió en la cama. Buscó su jugosa boca para besarla y morderla y la cubrió de besos mientras, otras lo acariciaban a él, excitándolo más y más.

Hardy Fox se dejó arrastrar por sus sentidos e hizo suyo aquel cuerpo de mujer que había atrapado entre sus brazos, colocándola bajo su propio cuerpo. Era una mujer desconocida que se agitó y suspiró, gozando sin duda de aquel momento de amor sexual. Hardy Fox no podía darle otra cosa ya que ni siquiera la conocía, no sabía ni su nombre.

Giró sobre sí mismo y se dejó caer de costado, quedando boca arriba, exhausto. Mas las otras no le dejaron tranquilo.

—¿Cuántas, cuántas sois? — musitó, en tono interrogante.

Sólo veía mujeres hermosas por todas partes, rodeándole, provocándole, exigiéndole, reclamando sus favores de varón.

Hardy Fox, ya sin ser dueño de su conciencia, con el estómago lleno de manjares exóticos y excitantes para él, ignorante de lo que contenían aquellas bebidas desconocidas y absorbido por la belleza y la sed de amor sexual de aquellas espléndidas mujeres, se entregó al juego del que no podía considerarse culpable.

Debió sorprender agradablemente a aquellas hembras ansiosas de lo que él les dio con generosidad y abundancia hasta que quedó dormido y extenuado en el lecho, hundiéndose en un profundísimo sueño del que no deseaba escapar.

CAPÍTULO VI

Con los ojos cerrados, Hardy Fox abrió la boca en un larguísimo bostezo.

Separó ligeramente los párpados para mirar en derredor y pudo ver una suave penumbra que no le molestó.

Recordó la comida, recordó a las bellas mujeres, mas no estaba seguro de si todo era verdad o producto de un sueño sexual provocado por alimentos altamente afrodisíacos.

Miró en derredor y no descubrió a ninguna mujer; estaba solo en la amplia estancia. Sobre la mesa había una bandeja con alimentos, que podían ser un desayuno, alimentos que recordando los que había tomado con anterioridad le produjeron recelo. ¿Podría fiarse de ellos?

Se sentó en el borde de la cama. Estaba desnudo y tuvo la necesidad urgente de darse un duchazo. Sus ropas estaban sobre una silla y hacia ellas se dirigió. Antes de tomarlas, descubrió una puerta y se acercó a ella. La abrió despacio y al otro lado vio un cuarto de baño.

Entre las piezas de aseo destacaba una pileta octogonal. Se metió dentro y buscó con los ojos el agujero de la ducha. No lo descubrió y tras darle vuelta a una llave de paso, brotaron surtidores de agua de cada uno de los ocho lados del octógono, de tal modo que parecía un surtidor ornamental y él era la estatua que quedaba en medio.

Aquel sistema de ducha era integral y recibió el impacto del agua en todo su cuerpo al mismo tiempo. Le agradó y permaneció varios minutos allí dentro, dejando que el agua lo refrescara. Sólo tuvo que girar sobre sus pies, como si estuviera colocado encima de un eje.

Cerró el agua y salió chorreando, avanzando hacia lo que le pareció el secador. Nada más colocarse bajo él, se produjo una intensa corriente de aire caliente que le secó por completo.

Retornó a la alcoba y se vistió con sus ropas. Se enfrentó con el desayuno en el que había leche (ignoraba de qué tipo de animal)

naranjada y unas pastas. Después de todo, aquellas mujeres no eran tan distintas a él.

Se alimentó y se sintió recuperado, pero le faltaban cosas, demasiadas cosas, sus armas y el intercomunicador.

Era muy posible que los sabios de aquella civilización sitiada por los insectos estuviera investigando en los artilugios y armas que le habían arrebatado, tratando de comprenderlos para fabricar otros similares, aunque lo más probable es que no lo consiguieran, ya que tecnológicamente su civilización estaba atrasada comparándola con el mundo del que procedía Hardy Fox.

Se abrió de nuevo la puerta y entraron dos mujeres uniformadas seguidas por tres milicianos armados. El grupo no se parecía en absoluto a la embajada que le enviaran unas horas antes, cargada con comida, bebidas y atractivas hembras.

—¿Este es el trato que dais a los huéspedes? Me habéis drogado y arrebatado mis armas. Lo que habéis hecho conmigo es grave.

La mujer, que por los distintivos que lucía en la manga de su guerrera parecía la jefe del grupo, una mujer madura y seca de trato, le respondió:

—No estoy autorizada para darte respuestas. Deberás seguirme, el parlamento real te espera.

—¿Está reunido ya?

—Sí, una reunión extraordinaria para recibirte, extranjero.

—Entonces, no le hagamos esperar.

Siguió a las dos mujeres, quedando escoltado por los soldados que no decían ni palabra. Caminaron por una galería bien iluminada hasta llegar a otra más amplia, donde les aguardaba una especie de cochecito encajado en un monocarril.

—Sube — le ordenaron.

Subieron todos y el monocarril se puso en marcha, alcanzando una buena velocidad.

Hardy Fox tuvo la impresión de que descendían en espiral, aunque no podía estar seguro de ello.

Pasaron junto a varios andenes iluminados más y el cochecito no se detuvo hasta llegar a un andén enlosado en mármol rojo o por lo menos era una piedra que se le parecía.

Allí, otros milicianos armados controlaban las bocas de las galerías. Hardy Fox se dejó llevar hasta una sólida puerta que se abrió para él y pasó a una especie de sala circular equipada con butacas que más parecían tronos, doce en la parte baja y otras doce en un plano ligeramente superior, seis a la derecha y seis a la izquierda.

En un nivel más alto, centrado y dejando un espacio libre en medio, había un tronco más grande y barroco, custodiado por cuatro milicianos armados.

Todos los tronos se hallaban ocupados por mujeres de distintas edades y vestiduras. Un grupo de seis eran militares a juzgar por sus guerreras.

—Bien venido al pueblo de Tara, terrícola — le dijo una de las doce mujeres que estaban en la parte baja, haciendo de recepcionista en la sala del parlamento real.

Hardy Fox se dijo que no podía dejarse intimida. Debía demostrarles que seguía siendo fuerte pese a estar desarmado y pasó a protestar.

—Acepté vuestra hospitalidad y he sido tratado como un enemigo — silabeó en voz alta, bien claro, sin humillarse ante las figuras que representaban a los seres de Tara. — He sido engañado, encerrado y me habéis hurtado mis pertenencias. Creo que es algo indigno de un pueblo que dice ser amigo.

—El pueblo de Tara no tiene amigos — advirtió la figura ya casi anciana que dominaba el parlamento. Era la reina.

—Yo pretendía serlo. No os he atacado, no soy un insecto ni una araña, es más, hubiera ayudado a combatir al ejército de insectos que os acosa.

—¿Ayudarnos, en qué forma? — preguntó una de las mujeres milicianas.

—Tenéis mis armas. Yo no me considero vuestro enemigo, pero si no me devolvéis mis pertenencias, mis amigos destruirán vuestra metrópoli, arrasarán las cúpulas de cristal y por ellas entrarán vuestros enemigos los insectos.

Aquella amenaza desasosegó a las mujeres que estaban en el parlamento. Temieron que, efectivamente, Hardy Fox tuviera amigos capaces de destruir las cúpulas de cristal que como gigantescas burbujas asomaban a ras de tierra y por las que les entraba el sol, unas cúpulas de cristal contra las que nada podían los insectos.

—¿Cuántos son tus amigos? — preguntó la reina.

—No responderé a un interrogatorio. Si deseáis ser invadidos, mantenedme encerrado y mis amigos os atacarán. Nadie podrá salvaros, será vuestro fin.

—¿Tus amigos también son terrícolas? — preguntó una de las mujeres del parlamento que parecía pertenecer al grupo de políticos.

—Sí, todos somos terrícolas. No tenemos amigos ni enemigos aquí, pero como es lógico, sois de nuestra misma especie y nos sentimos hermanados con vosotros y no con los insectos o los arácnidos que os acosan y sitian, buscando vuestro total exterminio.

—¿Puedes jurar que no sois aliados de las hormigas? — preguntó la reina.

—Seguro que no, ni siquiera sé cómo podría comunicarme con ellas. Al venir hacia aquí para ponerme en contacto con vosotros he tenido que dar un gran rodeo para no tropezarme con el ejército de hormigas que, de haberme visto, sin duda alguna me habrían devorado ¿Creéis, acaso, que las hormigas no me tomarían por uno de vosotros?

Hubo un murmullo mientras Hardy Fox se convencía de que había caído en una civilización que era un matriarcado. En todo el parlamento real no se veía un solo hombre, todo eran mujeres. Los hombres se hallaban afuera, vestidos de milicianos, obedeciendo órdenes.

—Si te devolvemos la libertad, ¿qué puedes ofrecernos a cambio? — preguntó la reina.

—No voy a comprar mi libertad con nada — advirtió Hardy Fox arrogante, pensando que era mejor ser temido—. Sin embargo, puedo pensar que habéis sufrido un error al tratarme como a un enemigo. Si me devolvéis mis pertenencias, reconsideraré una posible amistad y hasta es posible que os presente a mis amigos.

La anciana reina, el personaje más distante de Hardy Fox en el

parlamento, tan distante que apenas podía ver bien los rasgos de su rostro, le dijo:

—Fuiste capturado porque tenemos impuestas fuertes medidas de seguridad. Tú mismo has comprobado que estamos sitiados por nuestros feroces enemigos, las hormigas, que se han aliado con las arañas para aniquilarnos porque saben que nosotros somos los únicos seres en este planeta que pueden controlarlas a ellas e incluso exterminarlas, si nos lo proponemos. Somos, por tanto, enemigos irreconciliables. A lo largo de nuestra historia siempre hemos estado en lucha. Ignorábamos que existiera otro pueblo semejante a nosotros; nuestro mundo es muy grande y habréis llegado de otros continentes.

Hardy Fox entendió que aquellos seres llamados de Tara, podían pensar que ellos venían de otra parte del propio planeta azul de Genesium, algo así como si en el planeta Tierra unos estuvieran en Europa y los otros en América, con el Océano Atlántico por medio.

—Sé que tenéis varias ciudades igual a ésta, por otras tierras y supongo que unas y otras se comunican por túneles.

—Es cierto, estamos comunicados por túneles. Núestros enemigos desconocen el trazado de estos túneles y por ello no pueden atacarnos.

—Comprendo. Si os sentís totalmente perdidos en una ciudad subterránea como ésta, os alejáis por el túnel a otra ciudad y dinamitáis el túnel para que no os puedan seguir.

—Es cierto que hemos sufrido algunas invasiones en nuestras ciudades subterráneas; las hormigas las han invadido y hemos tenido que abandonarlas, pero no ha ocurrido demasiadas veces porque hemos ido mejorando nuestros sistemas de protección. Nuestras enemigas las hormigas y las arañas tienen muchas bajas cuando tratan de atacarnos perforando túneles. Tenemos muy bien colocadas minas explosivas y bolsas de gases venenosos que al ser pinchados por una excavación exterminan a todos los enemigos que se encuentran en la galería de avance. Sabemos protegernos.

—Pero estáis sitiados — puntualizó Hardy Fox, pensando que aquélla debía ser la ciudad subterránea principal del pueblo de Tara puesto que allí estaba la reina y su parlamento real y quizá el ejército de hormigas se había enterado de ello, en alguna forma.

—Resistiremos — sentenció la reina. Tras una larga pausa, agregó; — Pero nos gustaría cambiar impresiones con vuestra reina.

Hardy Fox se apresuró a objetar:

—Nosotros no tenemos reina ni parlamento de hembras.

Aquella revelación semejó convulsionar a las mujeres del parlamento que no parecían dar crédito a lo que acababan de oír. La voz de la reina de Tara se dejó oír lenta y grave al preguntar:

—¿Quieres decir que sois un pueblo gobernado por hombres?

—Bueno, en nuestra civilización casi siempre han sido hombres los dirigentes. Es cierto que también ha habido mujeres y que luego se ha equiparado la mujer con el hombre y estamos a la par, porque lo que importa es las cualidades de un ser humano, independientemente de su sexo. Admito que a las mujeres les costó mucho en el pasado llegar a igualar totalmente a los hombres, pero al fin lo consiguieron, aunque hoy en día siga habiendo más hombres que mujeres en los puestos dirigentes.

—¡Esto es inconcebible! — protestó una de las parlamentarias políticas con claras muestras de indignación.

Otra de las mujeres milicianas elevó su voz para exponer:

—Todos los pueblos que han sido y son importantes han estado regidos siempre por hembras. El pueblo siempre belicoso de las hormigas en todas sus especies, el pueblo de las abejas, el pueblo de las arañas aunque ellas son más individualistas y sólo para grandes guerras se agrupan y nosotros, el pueblo de Tara. Nunca se ha visto en nuestro mundo a un pueblo grande y próspero dirigido por hombres.

Hardy Fox, sarcástico, replicó:

—Nosotros, los terrícolas, creíamos que por haber sido hombres los dirigentes habíamos tenido más guerras, pero veo que nos equivocamos, porque vosotras, siendo hembras, siempre andáis metidas en peleas a muerte, hormigas, arañas, abejas... Cierto es que el ser humano, en su mundo, siempre ha tenido como enemigo más poderoso después de él mismo al mundo de los insectos que es muy organizado, pero en mi planeta, los hombres dirigentes hemos luchado contra los insectos y si no los hemos exterminado totalmente, los hemos dominado de tal forma que no nos resultan molestos. No existe la posibilidad de que nos ataquen como a vosotros, de forma que corréis el riesgo de desaparecer totalmente, porque si las hormigas consiguen entrar en los túneles de vuestra metrópoli subterránea, ya no tendréis escapatoria. Las he visto afuera con mis

propios ojos y son muchas, cientos de millares. Ignoro cuántos sois vosotros, el pueblo de Tara, pero estoy seguro de que no podríais resistir.

—Está bien, terrícola. Di a tu rey que pactaremos con él y si nos ofrece una ayuda efectiva para liberarnos del acoso de los insectos, os pagaremos con justicia.

—Nuestro pueblo no tiene un parlamento parecido al vuestro; además está muy lejos de aquí, no obstante, consultaré con mis compañeros de expedición y veremos qué podemos hacer en vuestra ayuda, porque está en nuestro ánimo ayudaros sin pediros nada a cambio.

—Es muy generosa tu oferta, terrícola. ¿De cuántos hombres como tú podríamos disponer para enfrentarnos al ejército de hormigas y arañas voladoras que en forma de enjambre se están acercando a este lugar y que terminarán por caer sobre nuestras cúpulas?

Hardy Fox comprendió que se hallaba en un aprieto. No podía decirle a aquella anciana, reina de un pueblo sitiado, a punto de ser destruido, que ellos sólo eran tres, una mujer, él y un anciano que era dinámico y un genio, pero que no había más ni posibilidades de traer a nadie. Si decía aquello, iba a descorazonarles y podían tomarse la ayuda ofrecida como una burla a su situación que podía calificarse de desesperada sin temor a exagerar.

Intentó evadirse del compromiso de la respuesta sin despertar más recelos de los que ya sentían hacia él, máxime después de decirles que eran un pueblo sin reina, lo que para ellas era inconcebible, ya que sin darse cuenta habían aceptado el patrón jerárquico utilizado por los propios insectos, posiblemente al comprobar su gran fuerza ofensiva y perfecta organización.

—No estoy autorizado a revelar datos — dijo, muy seguro de sí, esperando que pudieran comprender que un hombre obedeciera una orden sin transgredirla aún a riesgo de perder la vida.

Ignorantes de lo que podía ser un aventurero como él, aceptaron lo que acababa de decirles; sin embargo, la reina preguntó:

—¿Está autorizado para hablar alguien de los que ha venido en expedición contigo?

—No lo sé de cierto, deberé preguntárselo a quien corresponda y la respuesta la dará él y no yo. Por lo tanto, me entregaréis mis

pertenencias y me llevaréis hasta una salida para que pueda reunirme con los míos.

Comportarse como un supuesto soldado, sumiso a las órdenes recibidas, le fue bien, porque aquello sí lo entendían las mujeres que regían el destino del pueblo de Tara.

—Te acompañaremos.

—No, es mejor que vaya solo.

—Sólo, no, alguien te acompañará para que nos represente.

Convencido de que no le dejarían marchar solo, aceptó:

—De acuerdo, pero no más de dos y que puedan correr. Posiblemente, tengamos que habérnoslas con las hormigas que están afuera. Que vengan dos que sepan luchar y tengan suficiente vigor.

—Así se hará, terrícola. Se te devolverán tus pertenencias y podrás regresar con los tuyos. Quienes te acompañen llevarán una representación de mi propia y regia persona...

Íntimamente, Hardy Fox suspiró de alivio; pero ¿qué diablos estarían haciendo el profesor y su sobrina? Habían pasado demasiadas horas sin que recibieran noticias suyas y podía ser que hubieran cambiado de emplazamiento o se hubieran marchado ya, de regreso al mundo del macrocosmos, abandonándole a él en el microcosmos, dentro del átomo que el profesor Sol había conseguido aislar en un cilindro metálico.

CAPÍTULO VII

Cuando Alanda se levantó de la litera, se sentía más agotada que cuando se tendió en ella para descansar por orden del profesor Sol que le había dicho que debían turnarse a la espera del regreso de Hardy Fox.

Alanda habíase mostrado partidaria de buscar a Hardy Fox con la nave «Micro Operation», a lo que el profesor se había negado rotundamente.

La joven tenía la impresión de que su tío le había hecho tomar un sedante entre los alimentos con ánimo de que se tranquilizara; no obstante, no había dormido bien, si no que había tenido infinidad de pesadillas.

Había visto hormigas monstruosas atacándole y arañas con grandes telas en las que veía a Hardy Fox atrapado, a punto de ser devorado. También había visto un ejército de bellísimas mujeres y no comprendía de dónde podían salir.

Alanda se miró en el pequeño espejo y se vio con ojeras. Se daba cuenta de que amaba a Hardy Fox y de que si le perdía para siempre no podría soportarlo. Se había enamorado de él nada más verlo cuando acudió al laboratorio en busca del empleo ofrecido.

—Alanda, ¿estás despierta?

—Sí, profesor Sol.

—¡Ya lo he localizado!

Para la muchacha, aquellas palabras fueron como oxígeno en una nave espacial que se hubiera quedado ya sin aire respirable. Corrió a la cabina de control de la nave y miró una de las pantallas de T.T.V. del salpicadero. Estaba encendida, y aparecían y desaparecían imágenes.

—No está clara la visión.

—Debe estar saliendo de alguna gruta o algo por el estilo.

—¿Podría ser que las hormigas sacaran al exterior los restos ya devorados de Hardy Fox? Suelen hacerlo así para limpiar sus nidales y entre los restos no comidos podría estar el intercomunicador.

—No seas pesimista, no creo que sea lo que dices —le replicó el profesor Sol, no demasiado convencido. La hipótesis de Alanda podía resultar cierta, porque si había caído entre las fauces de las hormigas devoradoras, ahora ellas podían estar sacando al exterior lo que consideraban detritos no comestibles.

—Atención, atención, profesor Sol llama a Hardy Fox. Atención, atención, profesor Sol llama a Hardy Fox —repitió varias veces.

Con un temblor en su voz, Alanda suplicó:

—Hardy Fox, si me oyes responde, responde, por favor.

Las imágenes en la pantalla de T.T.V. se clarificaron y aparecieron rocas. Era obvio que la cámara se movía al enfocarlas. Pronto se pudo oír una voz que ambos conocían bien.

—Aquí Hardy Fox, les oigo perfectamente. Estoy bien, regreso a la nave. Vengo acompañado.

—Te esperamos — respondió el profesor Sol, añadiendo: — Enfoca con la telecámara todo lo que puedas. Desde aquí iremos variando la potencia por si atisbamos algún peligro.

—¿Sabe algo de las hormigas, profesor Sol? — inquirió Hardy Fox.

—Continúan en su sitio. Por los sensores de tierra, creo que están cavando túneles.

—Lo que nos temíamos...

—Y el enjambre de arañas que viajan en globos tejidos con el hilo segregado por ellas mismas, se está acercando.

—Bien, me mantengo en contacto por si hay novedades.

El profesor Sol y Alanda se mostraron inquietos. Hardy Fox había dicho que regresaba acompañado, pero no veían nada en la pantalla. Al parecer, Hardy Fox caminaba delante de sus acompañantes y no les enfocaba a ellos con su telecámara.

—Hardy Fox, ¿podemos ver a quiénes te acompañan? — preguntó el profesor Sol. Íntimamente, Alanda agradeció que a su tío se le ocurriera hacer tal pregunta.

Casi inesperadamente, en la pequeña pantalla del salpicadero aparecieron los rostros de los acompañantes de Hardy y resultaron dos bellísimas mujeres. Una de ellas tenía el cabello azul celeste y la otra, de un color verde claro. Ambas parecían jóvenes y furiosamente atractivas y así debió de parecérselo a Alanda, que se puso pálida al verlas.

—Por lo visto, por muy hostil que sea el medio, si se deja solo a un hombre como Hardy Fox termina rodeado de bellas mujeres — rezongó entre dientes el también sorprendido profesor Sol.

—¿De dónde habrán salido? — preguntó Alanda que ya no parecía tan contenta como unos instantes antes, al oír la voz de Hardy Fox. Su alegría parecía haberse esfumado y mucho tenían que ver en ello las dos chicas.

El profesor Sol se dedicó a seguir atentamente el camino que llevaba Hardy Fox y sus dos acompañantes.

Aumentó por control remoto el poder de la telecámara que Hardy Fox llevaba en el cinturón y pudo ver la oscura y movediza masa del ejército de hormigas que mantenía sitiada la metrópoli del pueblo de Tara, una metrópoli que sólo se detectaba por sus cúpulas de cristal por las que absorbían la luz solar y posiblemente el calor preciso para el desarrollo de la vida subterránea.

—Atención, atención, Hardy Fox...

—Le oigo, profesor Sol.

—Desvíate hacia la derecha. Las hormigas no están lejos y puedo ver a un grupo de seis que avanzan en tu misma dirección.

—¿Cree que nos habrán detectado?

—Lo ignoro, pudiera ser. Quizá formen una patrulla de vigilancia, parecen un ejército muy organizado.

—Y lo son, profesor Sol, lo son.

Hardy Fox aceleró el paso y las dos espléndidas féminas del pueblo de Tara no se quedaron atrás. Avanzaban entre rocas, arbustos, árboles; pero las hormigas les detectaron y con sus pinzas abiertas se dirigieron hacia ellos.

—¿Cuántas son, profesor Sol? — preguntó Hardy Fox mientras las dos jóvenes que le acompañaban preparaban sus armas para defenderse.

—Son seis pero detrás vienen más; parece que han dado la alarma.

—Entonces, nos abriremos paso.

Hardy Fox pidió a las dos mujeres de Tara:

—No disparéis, lo haré yo.

Alanda seguía los acontecimientos a través de la pantalla y pudo ver cómo las hormigas quedaban pulverizadas al recibir los impactos del superultrasónico.

—¡Corramos, corramos antes de que nos cerquen! —gritó Hardy Fox a las dos mujeres de Tara.

Consiguieron evitar el cerco, más las hormigas iniciaron la tenaz persecución trazando arcos de forma que a cada momento intentaban cortarles el camino y hubieron de disparar más veces para abrirse paso. Al principio eran media docena, pero con su sistema de comunicación, ahora las había a cientos y una de aquellas tenazas bastaba para cortar la huida de un ser humano ya que, en proporción a volumen y peso, las hormigas tenían una fuerza que multiplicaba en mucho a la que poseían los humanos, lo mismo terrícolas que habitantes de Tara.

—Hardy Fox, ¿quieres que vengamos en vuestra ayuda? — preguntó el profesor Sol.

—No hace falta; ya vemos la nave, estamos llegando— respondió el joven a través del intercomunicador, y en la pantalla apareció la propia «Micro-Operation».

Alanda dejó de mirar la pantalla de T.T.V. y escrutó el bosque a través de los cristales de las ventanas. Vio aparecer a Hardy Fox y a las dos bellas mujeres de Tara, pero también a las hormigas que, pese a su tamaño inferior al de los humanos, corrían mucho.

Alanda no pudo resistir más y abrió la puerta de la nave armada con un fusil polivalente. Disparó contra las hormigas que trataban de cortar el paso a los tres seres que pretendían llegar a la nave.

En torno a la nave murieron las hormigas a cientos. Las dos mujeres de Tara y Hardy Fox (que fue el último) entraron en la nave, mas al cerrar la portezuela, dos de las hormigas-soldado trataron de penetrar en ella. Hardy Fox cerró violentamente, seccionándoles las cabezas que cayeron rodando sobre el piso de la nave mientras sus tenazas se abrían y cerraban espasmódicamente pese a estar decapitadas.

—Hay que salir de aquí. Esas monstruosas hormigas pueden cortar cables e inutilizarnos la nave.

El profesor Sol, cuando todavía jadeaban los que acababan de llegar, puso en marcha la «Micro-Operation» y la elevó, alejándola de las tenazas de las belicosas hormigas.

—Las hormigas ya nos han detectado, tendremos que buscar un lugar distinto opinó el profesor, suspirando.

—Déjeme a mí—pidió Hardy, colocándose al mando de la nave.

Mientras, las dos embajadoras de Tara observaban la nave con gran atención y Alanda las miraba a ellas con un interés muy especial, no exento de celos.

Hardy Fox elevó la nave por encima del inmenso ejército de hormigas que semejaban aguardar el momento del asalto sobre sus enemigos. Era como un océano que bullía amenazador.

Todo lo que había alrededor estaba yermo, devorado por las fauces de las hormigas gigantes.

Hardy Fox hizo descender la nave sobre una de las gigantescas cúpulas de cristal que cubrían la metrópoli subterránea del pueblo de Tara para impedir que pudieran penetrar los insectos por ellas.

—¡No se sujetará! — gritó el profesor Sol, temeroso de que la nave resbalara por la pendiente de cristal.

—Si la coloco bien, sí se sostendrá — dijo Hardy Fox maniobrando con lentitud para situar bien la nave que, al fin, quedó posada sobre una de las cúpulas de cristal. Después ordenó al profesor Sol, sin importarle que éste fuera el jefe: — Sujétela ahora, que voy a abrir la puerta.

—¿La puerta, para qué? Aquí estamos a salvo de las hormigas.

Hardy Fox, con su fusil polivalente, salió a la escalerilla de la puerta que era retráctil y automática. Desde allí disparó su láser contra la masa de cientos de miles de hormigas, quizá millones, que ya rodeaban todo el exterior de la metrópoli subterránea del pueblo de Tara.

Las hormigas recibieron el impacto del láser, Hardy Fox las fue incinerando a docenas. Se veían las columnas de humo cuyo picante hedor, a causa de la distancia no llegaba hasta ellos.

Toda la masa de hormigas comenzó a agitarse, inquieta. No huyeron, pese a que morían muchas de ellas; no obstante, comparativamente con las que eran, no sufrían bajas importantes.

Después de destruir a varios cientos de hormigas, Hardy Fox dejó de disparar su láser y regresó al interior de la nave. Las hormigas continuaban donde estaban, no se habían marchado ante el ataque del que fueran objeto.

—Creo que nos hace falta algo más fuerte para acabar con ellas, profesor Sol.

—Si sólo fueran unas pocas, con el láser las habrías aniquilado, pero son demasiadas y terminarán por avanzar hacia aquí. Seguro que comenzarán a excavar en torno a esas cúpulas de cristal para tratar de invadir lo que hay debajo. Ahora, antes de pensar en cómo hacerles frente, preséntame a estas dos bellas mujeres.

—Sí, Hardy Fox, preséntanoslas — pidió Alanda, con un deje de amargura.

—Profesor Sol, Alanda, les presento a Giaka y Urma, las dos son hijas de la reina del pueblo de Tara.

—¿Princesas? — preguntó el profesor Sol.

—Si son las hijas de la reina, así será—asintió Hardy Fox.

—¿Es un pueblo de amazonas? — interrogó Alanda

—Es un pueblo llamado Tara — explicó Giaka.

—Que vive en el subsuelo por culpa de nuestros enemigos los insectos — añadió Urma.

—Son un pueblo que vive en el matriarcado — aclaró por su parte Hardy Fox—. La cabeza principal es la reina, una mujer casi anciana. Luego está el parlamento real, compuesto totalmente por mujeres.

—¿No hay hombres en Tara? — se asombró Alanda.

—Sí, hay hombres, son los milicianos y los obreros.

—Vaya, parece que son muy inteligentes las mujeres de Tara. ¿Verdad, profesor Sol?

—Ignoro si son muy inteligentes o no — replicó el aludido, encogiéndose de hombros.

Captando el tono venenoso de las palabras de Alanda, Hardy Fox dijo:

—En este planeta parece que todos los pueblos se rigen por las hembras. En realidad, el pueblo de Tara ha tomado como ejemplo a las hormigas que Son gobernadas por una reina, sin darse cuenta de que su sistema de reproducción no es el mismo. Creo que irán mucho mejor cuando los hombres alcancen la igualdad en puestos dirigentes como las mujeres.

—Pues, en nuestro sistema — explicó Alanda a las dos muchachas de Tara — mandan los hombres.

—No será tanto, Alanda, no quieras confundirlas ahora — atajó Hardy Fox —. Están aquí como embajadoras de su madre la reina. Les he prometido que les ayudaríamos en lo que pudiéramos para luchar contra el ejército de hormigas.

El profesor puntualizó:

—Y el de las arañas que llegará en un plazo de dos o tres horas. Viajan lentamente, pero el aire les favorece.

—¿Dónde está el ejército de terrícolas? — preguntó Giaka que tenía los cabellos de un precioso azul celeste y las pupilas del mismo color.

—¿Ejército de terrícolas? — repitió el profesor, mirando confundido primero a las dos hijas de la reina y luego a Hardy Fox para que se explicase.

—Tengo que hablar un poco con usted, profesor Sol.

—Bien — aceptó el científico, preocupado —. Alanda, muéstrales lo que podemos llegar a ver con nuestras telecámaras.

Alanda entendió que no debía contar nada importante a las dos visitantes mientras su tío y Hardy parlamentaban.

—¿Qué significa eso del ejército de terrícolas? — gruñó el profesor Sol ya a solas, encarado con Hardy.

—Ellas creen que somos muchos. Si llegan a saber que sólo somos tres, no me dejan salir de su ciudad subterránea. Se me había olvidado decirle que me capturaron como a un conejo con una de sus trampas. Tienen pocas salidas al exterior y muy protegidas y camufladas para que las hormigas no las descubran. Si esas hormigas encuentran alguna entrada, invadirán su ciudad, exterminando a todo el pueblo de Tara. Se han mostrado muy arrogantes conmigo, pero sé que su situación es desesperada.

—No es asunto nuestro.

—Profesor Sol, ¿no va a dejarlas en la estacada, verdad?

—¿Qué puedo hacer yo por ellas? Esta no es una nave de combate y las armas que poseemos ya has visto lo que pueden conseguir. El ejército de hormigas sigue prácticamente intacto y el de las arañas llegará hasta aquí como un enjambre. Nuestra única salvación es huir a gran velocidad, porque si nos caen encima y falla algún sistema de la nave, ya no podremos escapar y creo a las hormigas capaces de abrir la puerta de la nave con sus tenazas que son más fuertes de lo que cabe suponer y desear.

—Hemos de hacer algo, profesor; ellas confían en que las ayudaremos.

—Si has prometido ayudarlas, has cometido un error; nosotros no podemos hacer nada, métetelo en la cabeza. Las arañas caerán sobre este lugar y abrirán por completo las cúpulas de cristal mientras las hormigas ataquen masivamente abriendo túneles y más túneles hasta llegar a la ciudad subterránea y entonces, la invadirán. Si sólo se tratara de salvar a esas dos chicas que has traído, nos iríamos ahora

mismo de aquí y las depositaríamos en otro lugar, pero con esta pequeña nave, es imposible evacuar a todo un pueblo.

—Profesor Sol, no podemos decirles esta verdad con crudeza, ellas todavía tienen esperanzas de salvación.

—¿Esperanzas? ¿Qué sabes de su aviación de combate?

—Poco. Deben de tener una rampa de despegue oculta, porque por ella podrían entrar las hormigas. No creo que posean muchas naves de combate y su sistema, ya lo conoce, es de lanzallamas.

—Si por lo menos dispusieran de mucho combustible inflamable, podríamos arrojarlo sobre ese ejército de hormigas y prenderle fuego.

—Creo que si tuvieran ese combustible, ellas mismas ya habrían montado un sistema de defensa con lanzallamas, pero no creo que dispongan de la gigantesca cantidad de combustible que les haría falta. ¿No se le ocurre alguna idea para gasear a esos insectos, profesor Sol?

—¿Una guerra química contra los insectos? Vamos, vamos, Hardy Fox, necesitaríamos toneladas de gas licuado para irlo soltando y no creas que los gases siempre dan resultado contra las hormigas, son muy resistentes.

—Los del pueblo de Tara emplean gases en los túneles.

—Dentro de un túnel no es lo mismo que en el exterior que se expande con rapidez; además, si tienen gas mortal para las hormigas, ¿por qué no lo emplean masivamente?

Hardy Fox se encogió de hombros.

—No lo sé, pero algo hay que hacer para ayudarles o serán exterminados, no va a quedar nadie vivo. En esta colonia subterránea se muestran orgullosos, mejor diría, orgullosas, porque es un matriarcado, y lucharán hasta el final pese a que no ignoran que van a morir. Si usted habla con sus oficiales militares, usted que por su edad casi tiene aspecto de rey, le harán caso.

—La verdad es que me tienta la posibilidad de visitar ese pueblo subterráneo, para eso hemos venido al microcosmos.

—Hable con ellas y pueden que encuentren una salida a la situación.

—Está bien, pero como la situación es muy difícil, si me sucede algo debéis saber cómo regresar a nuestro mundo.

—Es algo que quería preguntarle.

—Te daré una gráfica, síguela al pie de la letra y si a mí me ocurre algo, tú y Alanda podréis regresar a nuestro mundo. Ahora, vamos a ver qué se puede hacer.

Regresaron junto a las princesas del pueblo de Tara. En el futuro, si es que tenían futuro, una de ellas terminaría reinando.

Alanda les miró interrogante. Ella había estado mitrando a las jóvenes de Tara la pantalla de T.T.V., un sistema todavía desconocido para su pueblo.

Las dos princesas observaban la pantalla asombradas. Alanda había tomado primeros planos de las hormigas y pudieron ver muy bien sus terribles mordazas, en color y tres dimensiones. Las dos princesas se asustaron un tanto al creer que la hormiga enfocada y que aparecía en pantalla estaba ya dentro de la nave, cuando sólo era su imagen.

Alanda también había enfocado a larga distancia el enjambre de arañas aerostáticas que avanzaban empujadas por el viento que les era favorable en aquella dirección.

Asombradas, Giaka y Urma pudieron contemplar a las arañas, suspendidas de los globos fabricados por ellas mismas. Al llegar junto a ellas, Hardy Fox y el profesor Sol pudieron ver a las arañas en pantalla y el científico comentó en voz alta:

—Cuando lleguen sobre las cúpulas de cristal, posiblemente se dejarán caer cubriéndolas por completo.

Es su forma de atacar, volar por encima de la presa y al quedar en la vertical de la misma, dejarse caer.

—No podrán atravesar las cúpulas de cristal — advirtió Urma —. Son muy duras y gruesas.

—¿Cómo tanto de gruesas? — preguntó Hardy Fox.

Giaka dio unas cifras que ellos no entendieron y Hardy les pidió:

—Marcad con las manos cuál puede ser el espesor del cristal.

Giaka y Urma separaron sus manos y Alanda exclamó:

—Eso es más de un metro.

—Es mucho — aceptó Hardy Fox.

—Si el cristal es bueno, sería capaz de resistir hasta un bombardeo nuclear. Parece que han sabido protegerse, pero estoy seguro de que las arañas se dejarán caer y aguardarán mientras las hormigas atacan en derredor para perforar túneles por donde introducirse y esperar en la colonia de humanos.

—¿Qué hacemos ahora, profesor?

—Conduce la nave hasta la entrada secreta de la colonia; hablaré con la reina de este pueblo.

—De acuerdo — aceptó el joven, sentándose frente al panel de mando que puso en funcionamiento.

De inmediato, la nave se elevó por encima de la cúpula y se desplazó en dirección sur.

Pasaron sobre el ejército de hormigas y cientos de miles de ellas alzaron sus amenazadoras pinzas hacia ellos aunque .inútilmente, ya que no podían darles alcance.

La amenaza de la desaparición de todo un pueblo permanecía latente, un pueblo del que quizá nunca se volvería a saber.

Hardy Fox trataba de buscar en las neuronas de su cerebro una solución, pero por más vueltas que le daba no la encontraba por parte alguna. El enemigo tenía el poder de ser numerosísimo. Posiblemente, ya debían estar cavando túneles a distintos niveles, aunque la verdadera masa de insectos seguía en la superficie, como esperando una orden de ataque.

CAPÍTULO VIII

La nave se posó junto a la entrada secreta que daba acceso a la colonia subterránea del pueblo de Tara.

El profesor Sol se dispuso a acompañar a las dos princesas dejando en la nave a Alanda y a Hardy Fox. Antes de alejarse de ellos les dijo:

—Lo importante es regresar a nuestro mundo para explicar que existe vida en el microcosmos, una vida como la nuestra, sólo que proporcionalmente más diminuta. Mi descubrimiento ha de propagarse, el mundo tiene que saber que el tamaño de los seres, de las cosas, de los planetas, sólo es relativo. Hasta es posible que aquí aíslen átomos como lo hemos hecho nosotros y se lleguen a descubrir microcosmos dentro del microcosmos y así hasta el infinito.

—No siga, profesor, sería para volverse loco — le advirtió Hardy Fox, comprendiendo lo que podía significar la hipótesis llevada a la realidad. Sería como decir que hacia el microcosmos o al macrocosmos, todo era infinito. Siempre habría un nuevo universo que descubrir.

El profesor Sol descendió por la escalerilla retráctil y pasó al túnel mientras Alanda y Hardy Fox quedaban solos en la nave, alejados de las cúpulas de cristal y lejos también del ejército invasor.

—¿Qué has hecho tanto tiempo en la colonia de esas bellas mujeres? — preguntó Alanda con retintín.

—Pues, dormir.

—¿Dormir? — repitió, incrédula.

—Sí, me capturaron y me dieron de comer, te aseguro que fue una verdadera orgía de comida y luego… —Se calló al recordar lo que le había sucedido.

Alanda, como si estuviera leyendo en su mente, insistió muy interesada:

—¿Y luego qué?

—Pues, luego, luego me dormí.

—¿Solo o acompañado?

—No lo sé. Con la comida y la bebida me drogaron para poder quitarme las armas y no sé cuánto tiempo dormí.

—Ya, ya me imagino lo que ocurrió conociéndote como te conozco... Y nosotros aquí sufriendo por lo que podía haberte sucedido.

—No me considero culpable de nada de lo que pudiera hacer.

—No, claro — silabeó, cargada de sarcasmo —. Son muy bellas las mujeres de ese pueblo, lástima que ellas consideran a los hombres como seres inferiores, algo así como a bestias de carga.

—Creo que, lamentablemente, así es — aceptó Hardy.

—Bestias de carga y de reproducción — añadió Alanda, como habiéndose olvidado de puntualizar el último detalle.

—Sí, también eso es posible.

—¿Y te han utilizado a ti como, como...?

—¿Cómo qué?

—Semental.

—Quizá.

—¿Sólo quizá?

—No estoy seguro, estaba drogado.

—Pobrecito, imagino lo mal que has debido pasarlo.

Mientras, el profesor Sol avanzaba por el interior de las galerías que conformaban el subsuelo del área ocupada por la colonia de Tara.

Tal como había previsto Hardy Fox, fue tomado como rey de los terrícolas y tratado con gran deferencia. No tardó en encontrarse en el parlamento real.

—Bien venido a Tara, rey de los terrícolas — le saludó la reina en persona.

Al profesor Sol, aquello de ser considerado como un rey le gustó y no se molestó en sacarlas de su error.

—Es para mí un gran honor estar frente a la reina del pueblo de Tara.

—Sabemos de vuestros poderes y os pedimos una alianza para luchar contra las hormigas y las arañas que se han aliado para exterminarnos.

—No es fácil luchar contra ese incalculable ejército que rodea vuestro pueblo.

—Si las hormigas y las arañas se han aliado, podemos aliarnos nosotros también contra ellas.

—Sí, pero ¿de qué armamento y cuántos milicianos disponéis para hacer frente al ejército que aguarda afuera?

La reina de Tara dudó; no deseaba descubrir cuál era su poder defensivo, pero al fin cedió.

—Cinco mil milicianos bien armados y siete mil civiles entre los que nos incluimos los dirigentes y la realeza.

—Poco, muy poco para el ejército de insectos que parece hallarse muy bien organizado.

—¿De cuántos disponéis vosotros los terrícolas?

El profesor Sol pensó que debía ser piadoso con aquellas mujeres y les dijo:

—Sólo hemos venido tres como expedición, pero podemos regresar a nuestro mundo y volver con muchos milicianos.

Aquellas palabras abrían una brecha de esperanza a aquellas mujeres.

—¿Y cuánto tardarían en llegar?

—Majestad, no es fácil arribar hasta aquí, pero si esta colonia está amenazada de muerte podrían trasladarse a otras colonias alejadas del peligro de invasión.

La reina expuso la situación crudamente:

—Las otras colonias ya están vacías, no hay nadie en ellas. Todo el pueblo de Tara se ha concentrado aquí porque ésta es la colonia más segura, más profunda y la que posee las cúpulas de mayor grosor.

—Hemos visto luz en las otras colonias al volar sobre ellas.

—Las hemos dejado iluminadas para que las hormigas y las arañas crean que allí también estamos, pero no ha servido de nada. Es como si supieran que éste es nuestro último reducto.

—¿Y la aviación?

—Muy poca — admitió la reina pues esta vez hablaba ella directamente en lugar de hacerlo sus milicianas o políticas.

—¿Cómo pensáis, entonces, resistir la invasión?

—Luchando hasta la muerte. Tenemos lanzallamas, pero no disponemos del combustible suficiente para abrazar a los millones de insectos que nos acosan.

—Me lo imaginaba, majestad. Creo que habrá que estudiar algún sistema eficaz de defensa.

—¿Por qué no regresas a tu pueblo y vuelves con milicianos? Nosotras resistiremos todo lo que podamos hasta que volváis en nuestra ayuda. Os pagaremos con lo que queráis.

El profesor sintió espoleada su curiosidad y deseó saber con qué podían pagar aquellas mujeres a quienes las ayudaran. ¿Oro, piedras preciosas, mujeres acaso?

—Un ejército de milicianos es sumamente costoso, majestad.

—Os pagaremos con dorium.

—¿Qué es dorium?

—Dorium es el mineral vivo del que nosotras extraemos la energía, la electricidad.

—Supongo que será algún material radiactivo.

—Poseemos minas de dorium, mineral que refinamos y con el que fabricamos pilas que son muy peligrosas e irradian muerte. Las tenemos colocadas bajo tierra en lo más profundo de nuestras colonias.

—¿Poseéis suficiente dorium como para arrojarlo sobre el ejército de hormigas?

—No, no tenemos bastante y sería muy peligroso; morirían también las plantas y todo quedaría arrasado.

—¿Correría vuestra majestad algún peligro?

—No. La cúpula de cristal es muy gruesa y resiste todo tipo de radiaciones.

—Entonces, la solución sería el dorium.

—Imposible, no tenemos suficiente.

—Existen las minas, ¿no?

—Sí, tenemos las minas, pero no podemos llegar a ellas.

—¿Con la aviación tampoco?

—Los aviones necesitan lugares apropiados para aterrizar.

—Mi nave, no. Podríamos ir con ellas a buscar dorium.

—¿Crees que lo conseguiríamos?

—Sí, creo que sí.

Mientras, en la nave «Micro-Operation», Alanda, que estaba visiblemente molesta contra Hardy Fox, observó:

—Las arañas están llegando, se nubla el cielo.

—Tendríamos que avisar al profesor Sol de lo que sucede. El viento se ha hecho más fuerte y han llegado antes de lo que esperábamos.

—Sí, hay que avisarle.

—Lo malo es que el intercomunicador no sirve, hallándose él en el subsuelo, las ondas no le llegan.

—¿Qué haremos? Es como si se avecinara una espantosa tormenta, en donde cada gota de agua fuera una araña tan grande como una cabeza humana. Es horrible.

—Este viento súbito hará que el momento de la invasión contra el

pueblo de Tara se adelante, y el profesor Sol se está entreteniendo demasiado.

Hardy Fox ojeó la gráfica que le entregara el profesor Sol, antes de abandonar la nave. Allí estaba detallado lo que debían hacer para regresar al mundo del qué procedían.

Descubrió un cajetín cerrado y, al abrirlo, observó que contenía un gran botón rojo. Hardy Fox siguió la gráfica hasta descubrir en la panza de la nave y cerca de la cola, un gran cilindro.

—¡Alanda, Alanda!

—¿Qué pasa?

—¡Mira!

—¿Qué es esto?

—Por lo que parece, es una bomba termonuclear de gran potencia.

—¿Vamos cargados con una bomba termonuclear de gran potencia? No es posible…

—Sí lo es, la gráfica lo dice bien claro.

—Si el profesor Sol ha dicho que ésta no era una nave de combate…

—Y no lo es, esta bomba tiene una utilidad distinta.

—No entiendo.

—Por lo que deduzco, nosotros no podemos regresar a nuestro mundo por nuestros propios medios. El ingeniero Hollister estará observando en todo momento el planeta azul de Genesium, y la señal para que nos retorne al mundo al que pertenecemos es el disparo de esta bomba termonuclear.

—¿Como una señal?

—Sí, la bengala de aviso más gigantesca que se ha conocido. En la pantalla de control del laboratorio verán la luminosidad provocada por la explosión, y entonces pondrán en marcha los mecanismos para el regreso:

—Entonces, ¿cuándo hagamos estallar esta bomba, volveremos?

—Eso parece.

—No deja de ser un alivio.

—El profesor Sol no quiere que se emplee la bomba-bengala hasta que sea totalmente imprescindible porque ello significará el fin del viaje al microcosmos. Para él, llegar hasta aquí ha sido el hecho más importante de su vida, y desea aprovecharlo al máximo.

Mientras, el cielo se oscurecía por aquel enjambre de arañas que ya lo cubrían todo y comenzaban a dejarse caer sobre las cúpulas de cristal. Eran tantas y tantas, que ocupaban el cielo en un gran espacio, incluso por encima de la nave que se hallaba lejos de las cúpulas.

El profesor Sol apareció acompañado de la princesa Giaka y dos milicianos. Se disponían a subir a la nave cuando cayeron sobre ellos las temibles arañas, que destruían sus globos para desplomarse encima de su objetivo.

Hardy Fox y Alanda no se dieron cuenta en principio; estaban absortos contemplando la bomba y su funcionamiento de disparo.

—¡¡Socorro, socorro!! — oyeron, a través del Intercomunicador, puesto a toda potencia.

—¡Nos llama el profesor Sol! — exclamó Alanda, alarmada.

Hardy corrió hacia la cabina de mando. Desde allí vio el suelo plagado de arañas, que resbalaban incluso por el techo de la nave, y pasaban por delante de los cristales.

—¡Hardy, Hardy, el profesor está siendo atacado!

Era inútil abrir la portezuela. El cuerpo del viejo profesor yacía en el suelo, cubierto por las arañas atacantes, y también la princesa Giaka había sucumbido.

Uno de los milicianos había logrado retroceder a tiempo, disparando su lanzallamas y cerrando la puerta secreta del túnel.

—Nada podemos hacer por él —se lamentó Hardy Fox.

—¿Qué hacemos ahora?

—Hay que huir de aquí. Si provocan alguna avería en la nave, estaremos perdidos.

Alanda no quiso mirar a su tío, que fue rápida y vorazmente devorado por las malignas atacantes.

El ejército de hormigas avanzaba ya en masa hacia las cúpulas de cristal, mientras del cielo continuaban cayendo las arañas, cubriendo las cúpulas de cristal.

—Parece imposible que arañas y hormigas puedan ponerse de acuerdo para una guerra tan exterminadora.

—El mundo de los insectos es muy complicado, y poseen unas organizaciones tremendas. Hay que salir de aquí ahora mismo.

—¿Y adónde iremos?

—Se me ha ocurrido una idea, y creo que resultará.

Hardy Fox puso en marcha la nave. Ya no cabía esperar al profesor Sol, que había sido de los primeros en sucumbir a la invasión aliada de hormigas y arácnidos.

La «Micro-Operation» comenzó a elevarse, y de ella se fueron desprendiendo arañas, que caían al vacío. Hardy Fox cruzó la nube de arañas voladoras, abriéndose paso entre la masa de cuerpos negruzcos.

—Ya hemos escapado — suspiró—. Ahora hay que destruir a los invasores.

—¿Cómo?

—Les enviaremos la bomba termonuclear, será suficiente para arrasar todo esto. No quedará un bicho vivo en quinientas millas a la redonda.

—¿Y el pueblo de Tara?

—Está bajo tierra, protegido; se salvará.

—¿Y si las cúpulas de cristal estallan?

—Son muy gruesas, por lo que sabemos; hemos de confiar que resistirán. De todas maneras, si no lanzamos la bomba, serán exterminados.

Hardy Fox evolucionó con la nave por encima de la colonia sitiada y ahora atacada. Se alejó en dirección norte y, cuando hubo hecho el

cálculo, pulsó el botón rojo, sin vacilar.

Se abrió una compuerta bajo la cola de la nave, y brotó el misil termonuclear, que se alejó hacia el centro del área de la gran batalla. A los pocos segundos, se produjo la cegadora explosión.

La «Micro-Operation» fue violentamente zarandeada, mientras todo se iluminaba, con una luz blanquísima.

Automáticamente, se habían cerrado las ventanas de la nave, aislándose de la cegadora luz y de las radiaciones.

Alanda y Hardy Fox rodaron sobre el piso de la nave, que parecía un cascarón de nuez en medio del océano Pacífico en tempestad. Los dos se encontraron y se abrazaron, rodando juntos. Poco a poco, vino la calma, y al fin, la quietud total, mientras la nave seguía navegando en círculo.

—¿Qué ha pasado? — inquirió Alanda.

—No lo sé, esperemos que todo haya funcionado

—respondió el hombre.

Apartándose de la muchacha, fue al puesto de mando. Abrió los paneles que protegían los cristales de las ventanas,y vio que la luz de la explosión termonuclear había desaparecido, pero el suelo ardía en las áreas más lejanas al epicentro de la explosión atómica.

Alanda manipuló en la telecámara. Observó las cúpulas de cristal con atención, y exclamó, jubilosa:

—¡Han resistido, han resistido!

El enjambre de arañas voladoras había desaparecido, todas ellas incineradas.

La telecámara captó los restos de aquel terrible ejército de arañas y hormigas, que había quedado incinerado. No había nada vivo, en un radio de cientos de millas.

—¡Se han salvado, se han salvado!—gritó Alanda, refiriéndose al pueblo de Tara, que debía haber resistido bajo el subsuelo del planeta.

Contentos por el éxito, ambos se abrazaron. Hardy Fox dijo entonces:

—Celebro que no les hayas cogido rencor a esas chicas tan cariñosas.

De pronto, comenzaron a sentir un intenso escozor en todo el cuerpo, y la vista se les nubló. Dejaron de ver y de sentir, mientras se producía un gran zumbido.

* * *

—¿Está bien, está bien?

La pregunta sonaba lejana, pero Hardy Fox, al recuperarse, identificó la voz que les interpelaba.

—¡Ingeniero Hollister!

La campana de cristal se había levantado, por encima de ellos.

Alanda y Hardy Fox, despiertos ya, se miraron. No podían creer que hubieran regresado al planeta Tierra o, lo que era más exacto, al mundo del macrocosmos.

—¿Y el profesor Sol? — interrogó, preocupado, el ingeniero Hollister.

—Desgraciadamente, ha muerto, le atacaron las arañas.

—¿Las arañas? De modo que había vida en ese planeta azul del átomo de Genesium...— se entusiasmó el ingeniero Hollister.

—Sí, hay vida. Un pueblo llamado Tara ha estado a punto de sucumbir.

—Tendrán que explicarlo todo detalladamente, porque sólo el profesor Sol conocía el proceso para llegar hasta ese planeta del microcosmos.

—¿Usted no, ingeniero Hollister? — se asombró Hardy Fox.

—No. Yo conocía el proceso electrónico, pero el profesor Sol se reservaba bastantes secretos; era muy individualista. Incluso, seguro que no les contó que iban como pareja porque deseaba dejarles en ese

planeta como seres humanos vivos y capaces de reproducirse, si no encontraba vida inteligente. Deseaba sentirse como un dios, dejando vida en un planeta nuevo.

—¿Es cierto que mi tío pretendía abandonarnos en un planeta desconocido?

—Sí, algo así como unos nuevos Adan y Eva, que fueran el inicio de una civilización, por eso deseaba que ambos fueran perfectos, y le complació mucho la relación amorosa que se creó entre los dos.

—No se puede jugar a ser Dios porque no conocemos ni nuestro propio destino — sentenció Hardy Fox—. Él quería abandonarnos en ese planeta, como un experimento, y ha sido él quién se ha quedado allá, desgraciadamente muerto, aunque creo que nuestra visita al microcosmos ha servido para algo.

—Sí, para salvar a un pueblo, que estaba a punto de ser exterminado — concluyó Alanda.

Ambos se cogieron de la mano y se alejaron del laboratorio, mientras el ingeniero Hollister se introducía en la nave, en busca de las cintas grabadas por las telecámaras. En ellas encontraría lo ocurrido, más sería inútil que las mostrara al mundo; nadie le iba a creer que aquellas imágenes hubieran sido captadas en un planeta azul del microcosmos.

Subieron al «atom-hover-craft» de Hardy Fox, y éste preguntó a la muchacha:

—¿Qué te parece si nos vamos a olvidar al área residencial del ocio?

—Me parece muy bien. Es un lugar excelente para hacer el amor, y ya que mi tío deseaba que fuéramos unos nuevos Adan y Eva, complazcamos su última voluntad.

El A.H.C. se alejó a gran velocidad, en busca de su paraíso terrenal.

Mientras, un diminuto planeta azul seguía girando en tomo al núcleo aislado, dentro de un cilindro metálico que constituía el sol del pueblo de Tara, un pueblo que se había quedado sin estrellas, a causa de los fantásticos experimentos de un hombre llamado profesor Sol.

FIN